

BOLETÍN OSAR 2023

Organización de Seminarios de Argentina

Año 36. N° 40. Año 2023



OSAR

La tarea formativa en una Iglesia Sinodal

Encuentro Nacional OSAR

Seminario Ntra. Sra. de Guadalupe y San José
Arquidiócesis de San Juan de Cuyo

Comisión OSAR 2023

Presidente: Pbro. Mauricio Damián Larrosa

Vicepresidente: Pbro. Sebastián Gastón Escalante

Tesorero y Delegado Región Cuyo: Pbro. Alejandro Daniel Rodríguez Carrión

Secretario y Delegado Región Centro: Pbro. David Ricardo Cabral

Delegado Región Buenos Aires: Pbro. Daniel Bossio

Delegado Región NOA: Pbro. Víctor Cáseres

Delegado Región Litoral: Pbro. Luciano Murador

Delegado Región Patagonia: Pbro. Daniel Lascano

Delegado Región NEA: Pbro. Juan Lucas Alderete

Sumario

Presentación (M. Larrosa)	3
Encuentro Nacional de Seminaristas 2022	4
Caminar juntos al estilo de Brochero (Mons. R. Araya).....	5
<i>Sentire cum Ecclesia</i>	9
Curso de Formadores en Roma 2022	11
Encuentro Nacional de Formadores 2023.....	12
Autoridad para servir (G. Söding)	13
Formar para la sinodalidad (D. Vitali)	20
Escucha sagrada y conversación espiritual (M. Mazzini)	25
Encuentro de directores espirituales	30
Balance económico 2022	30
Decálogo para los formadores	31



PRESENTACIÓN DEL BOLETÍN 2023

La pasión por Jesucristo nos lleva a la conversión permanente, a trabajar para responder mejor a la vocación recibida. Por eso, la Iglesia desde su nacimiento no ha dejado nunca de trabajar en su propia reforma. Es la consecuencia elemental de vivir bajo el impulso del Espíritu Santo. En las problemáticas que se suscitan en cada etapa de la historia debe ajustarse a las exigencias del evangelio. La Iglesia de nuestro tiempo, en orden a esa fidelidad, nos propone con el Papa Francisco comprometernos en la sinodalidad.

Cambiar, desinstalarse, puede suscitar resistencias. Para cada uno de nosotros la reforma de la Iglesia consiste en dejarnos reformar por la Santa Iglesia, es decir, en no erigirnos nosotros mismos como iluminados reformadores, sino en colaboradores del Espíritu Santo, que guía a la Iglesia. Su reforma reclama nuestra propia conversión, y hoy tiene nombre de “sínodo”.

Respondiendo a esta llamada hemos abordado el tema de la sinodalidad, tanto en el VII Encuentro Nacional de Seminaristas Teólogos, realizado del 16 al 18 de septiembre en Villa Cura Brochero, como en el Encuentro Nacional de Formadores celebrado del 30 de enero al 3 de febrero en el Seminario Mayor «Nuestra Señora de Guadalupe y San José» de la Arquidiócesis de San Juan de Cuyo.

Como fruto de aquellos encuentros contamos en este número con:

- Las valiosas aportaciones de Mons. Ricardo Araya, sobre el modo de “caminar juntos” del Santo Cura Brochero.

- La transcripción de la videoconferencia del Padre Darío Vitali, acercándonos las ideas básicas sobre sinodalidad y ofreciendo claves para la formación sacerdotal.

- Una preciosa propuesta de aplicación práctica de la Porf. Marcela Mazzini, con la “conversación espiritual” como metodología para el discernimiento comunitario.

- Y finalmente, el aporte del Padre Gerardo Söding, ayudándonos a redescubrir la novedad evangélica del servicio de la autoridad y de la autoridad como servicio.

La Iglesia es sínodo, caminar juntos, es una comunión misionera y peregrina. En catequesis se suele decir que “comunión” significa la unión de dos palabras: “común-unión”, señalando nuestra comunitaria unión a Cristo y en Cristo. Lo que se quiere enseñar es correcto. Pero en realidad, la palabra “comunión” viene del latín “communio”, y une las palabras “común – servicio”. Significa “llevar juntos una carga de servicio público”. Esto también es verdad para hablar de la Iglesia. Toda la comunidad cristiana, en solidaria corresponsabilidad, tiene que realizar la tarea de servicio público encomendada por su Señor. Los servicios de la santificación (*leiturgia*), del anuncio evangelizador y del testimonio (*kerygma-martyria*), y el servicio de la caridad organizada (*diakonía*). Por eso, en la Iglesia, todos los bautizados somos sacerdotes, profetas y reyes.

El ministerio sacerdotal lleva estos servicios de un modo dirigencial -el servicio de la autoridad-, participando de una realidad de consistencia estructural y jerárquica, de la que no puede carecer la comunidad eclesial. El ejercicio de este sagrado ministerio no está exento de peligros, sobre todo del llamado “clericalismo”, es decir, de diversos abusos en el ejercicio y la consideración del poder de los clérigos. El estilo sinodal es una oportunidad para reconocer y subrayar la corresponsabilidad de todos los bautizados en la Iglesia. Todos debemos llevar juntos, cada uno desde sus dones y ministerios, aquellos servicios que nos encomendó el Señor.

Que este número nos estimule a formarnos y a colaborar en la formación de los seminaristas en una “conversión sinodal”, de caminar juntos bajo la guía del Espíritu.

Pbro. Lic. Mauricio Larrosa
Presidente OSAR

VII Encuentro Nacional de Seminaristas

Villa Cura Brochero - 16 al 18 de septiembre de 2022

Reseña del Encuentro

El evento contó con la participación de doscientos seminaristas de la Etapa Configuradora de todo el país y tuvo como lema: «Brochero: comunión, participación y misión».

El encuentro comenzó en la tarde del viernes cuando se convocaron todos los seminaristas en el Cristo Blanco, ubicado a 800 metros del Santuario, y marcharon peregrinando hacia el salón parroquial con la imagen del Santo Cura Brochero y la Purísima Madre de Dios. Una vez reunidos en el salón se les dio la bienvenida a todos los Seminarios, divididos por regiones y se celebró la Misa de apertura del encuentro.

El sábado a la mañana, luego del rezo de laudes, monseñor Ricardo Araya brindó una reflexión sobre Brochero como sacerdote en formación permanente y cómo él es modelo para la nueva *Ratio Argentina*. Es un ejemplo de escucha y de trabajar junto con las mujeres y hombres de su curato.



Durante la siesta los seminaristas visitaron el Parque Temático “Brochero Santo” divididos por regiones. Luego disputaron el clásico campeonato de fútbol en el campo de deportes del Colegio Cristo Obrero de las Hermanas Esclavas del Sagrado Corazón.

Después de la cena, en el salón parroquial, realizaron un fogón y momento de compartir fraterno en donde cada Seminario presentó un sketch en torno a la figura del Santo Cura Brochero y también un intercambio cultural y musical de cada región, así

como la entrega de obsequios de productos regionales.



El domingo por la mañana, los seminaristas reunidos en grupo trabajaron con la consigna de poner en común tres sueños que tienen hoy sobre la formación sacerdotal y tres sueños que tienen para la futura vida ministerial. Luego se hizo una puesta en común y el obispo del lugar, Mons. Araya, brindó una última exposición en base a lo compartido, iluminando ese momento a partir de las obligaciones que tenía Brochero para con los sacerdotes ayudantes que colaboraban con él en la tarea pastoral.

El Encuentro Nacional finalizó con la Eucaristía, celebrada en el salón y presidida por monseñor Araya. Culminada la ceremonia, seminaristas, formadores y el obispo peregrinaron hacia el Santuario para rezar frente a las reliquias del santo y para bendecir la nueva placa del VII Encuentro Nacional de Seminaristas.





Mons. Ricardo Araya
Obispo de Cruz del Eje

Caminar juntos al estilo de Brochero

1. ¡Bienvenidos!

En 1984, a 70 años de la muerte del Cura Brochero, los sacerdotes de la Arquidiócesis de Córdoba realizaron la primera peregrinación hasta su tumba. Diez años más tarde, en 1994 la CEMIN convocó la «Jornada Nacional de Sacerdotes» para reflexionar, orar y celebrar el don del sacerdocio ministerial junto al “hermano mayor”. Vinieron a Villa Cura Brochero 400 sacerdotes y 16 obispos.

Estas experiencias inspiraron a la CEMIN y se convocó a un encuentro de características similares para los seminaristas de los últimos años de formación. En 1996 unos 500 seminaristas se reunieron con el lema “seamos uno para que el mundo crea”.

Fueron convocados «... para realizar una experiencia de comunión y fraternidad, conformando un perfil sacerdotal diocesano... a la luz de la figura sacerdotal del Cura Brochero» (Positio II, 158.159).

En el borrador de la próxima Nueva Ratio para los seminarios Argentinos, asumiendo con fuerza la necesidad de la formación permanente, se presenta como icono la figura de San José Gabriel del Rosario Brochero.

Se constata que la Iglesia Argentina ha sido bendecida con la modélica vida ministerial del santo presbítero José Gabriel del Rosario Brochero, canonizado en 2016 y nombrado patrono del clero argentino. Brochero es el mejor ejemplo de lo que expresa nuestra Ratio: un cura en formación permanente que, enfermo de lepra e impedido, agradece la extraordinaria pedagogía divina que continuaba enseñándole lo que significa ser sacerdote. Se confirma así la convicción de que Dios ha señalado en Brochero los principales rasgos de un buen pastor para por la Argentina.

2. ¿Quién es Brochero?

Un cura rural en la periferia de las sierras de

Córdoba, una de las provincias más tradicionales de Argentina, en la segunda mitad del siglo XIX y comienzos del XX; un sacerdote grande “por su reciedumbre humana y densidad cristiana”.

Cabe mencionar que fue un tiempo de fuerte renacimiento espiritual en Córdoba con el protagonismo de muchos bautizados con diversos carismas ministerios. En este contexto alcanzó gran notoriedad la vida y obra de Brochero.

Durante su vida presidieron la Iglesia de Córdoba destacados obispos (3 de ellos murieron misionando). El obispo Ramirez de Arellano quien ordenó presbítero al Cura Brochero. En 1877 el obispo Álvarez, realizó un sínodo diocesano (el único del país ese año) y Brochero fue uno de los 40 sinodales. También pastorearon la Diócesis en ese tiempo los obispos Esquiú, Capistrano Tissera y Toro.

Entre las muchas fundaciones en ese entonces se destaca el Instituto de las Esclavas del Corazón de Jesús y la Beata Madre Catalina. Ellas trabajaron también en la Villa del Tránsito en la tarea educativa y en la casa de Ejercicios.

El Curso Brochero dará a los ejercicios gran empuje, originalidad y popularidad. De este modo se suma a una tradición viva que arranca con los primeros jesuitas (1614) y se había mantenido vigente con Mama Antula (1730-1799) y sus seguidores.

El Padre Brochero llegó a este lugar después de cruzar las Sierras Grandes en 1869 con 29 años y tres años de ordenado. Su parroquia tenía 4.000 km² y 10.000 habitantes. En 1898, después de 28 años de ministerio, es nombrado canónigo en la ciudad de Córdoba. Se va por cuatro años. En el mismo año de su nombramiento se colocó la piedra fundamental del actual templo parroquial y santuario; en el mismo lugar de la primera iglesia destruida por una tormenta. Para la ocasión vino el arzobispo de Buenos Aires, Uladislao Castellano -oriundo de San Javier- a celebrar la Misa. El obispo Uladislao había sido rector del Seminario en tiempos de formación de Brochero. Estaban presentes 7 sacerdotes de la zona, familiares del arzobispo y el Canónigo Brochero, a quien se le encomendó la predicación del evangelio.

En aquella oportunidad recibe el homenaje de sus antiguos feligreses. En la casa del matrimonio

Recalde (Erasmus y Zoraida) se le entrega una medalla de oro, obsequio de las mujeres del Departamento. En la medalla se leía: “Evangelio – Escuelas – Caminos”. (Positio I 356).

Esta frase bien describe la vida y el ministerio de Brochero: “evangelio, escuelas, caminos”. Destaquemos que para Brochero el Evangelio es una Persona, es relación con Alguien que se ha convertido para él en fuente de identidad, de inspiración para su vida y misión.

Es un cura, es decir, cuida de sus feligreses. Hace todo lo posible para que tengan vida. Por eso busca junto con otros nuevas posibilidades de mejor vida: caminos, trabajo, educación, ferrocarril; para que, como solía repetir, salgan de su “pobreza franciscana”. Especialmente, repara y construye capillas para que los dispersos habitantes puedan edificar su casa alrededor de la capilla; y compartir la vida en lugares más favorables al progreso integral.

3. ¿Cómo es el «milagro» de caminar juntos en tiempos de Brochero?

Comencemos diciendo por dónde camina el Cura con su gente. Afirma el P. Trigo S.J. que Brochero se encuentra con los demás por los caminos de la realidad; es “la realidad la medida de su espiritualidad”. Porque se mueve en la realidad se ve obligado a “salir” y entregarse por y con los demás en aquello que sea de provecho común. Esto lo lleva a “salir” y llegar hasta donde haya gente con influencia, a la prensa, a los gobernantes provinciales y nacionales.

Se encuentra con las personas y logra que ellas saquen lo mejor de sí mismas. Para Brochero caminar juntos no significa buscar beneficios personales o para una parcialidad. Si él se beneficia en algo, es como miembro del grupo al que va destinada una obra. Por eso los fieles se prestan a lo que les pide de buena gana, y aceptan que los presione. Él está en lo de ellos y es de ellos. Su grandeza nunca los infantiliza, ni disminuye su valor (cf TRIGO, 16)

Por los caminos de la realidad va dando singular importancia a las capillas. En ellas unía explícitamente lo religioso y el progreso humano; eran el espacio para seguir caminando juntos. El Cura por momentos encabezaba las tareas, después de haber estado al medio o atrás de la comunidad. Lo seguían, y él los había seguido a ellos.

Este modo de caminar juntos situado en las necesidades reales fue propuesto, animado y dirigido por «un cura no clerical». Brochero no era un cacique, un francotirador o alguien que trabajara

desde una parcialidad. La gente percibía que Brochero no trabajaba para la Iglesia en un sentido restringido de institución eclesial. La gente sabía que trabajaba para el bien de ellos, sabían que era su cura (cf. TRIGO 84). El no era un sacerdote de Dios separado de los fieles; trabajaba como cura para su gente, siendo de Dios y también de ellos.

4. Con los fieles laicos

El Cura Brochero promueve la comunión eclesial con los laicos de diversos modos: a través de la amistad personal, él cuenta con amigos y amigas; mediante la colaboración de un gran número de personas geográficamente cercanas y lejanas. Y también promueve la comunión y la participación con la ayuda de una estructura ministerial de fieles laicos celebradores y bautizadores; que promueven las incipientes comunidades cristianas. Eso se hace de manera especial en cada una de las Capillas a las que el Cura visita de manera equitativa. Crea así una especie de red de comunidades que se ven fortalecidas con esas visitas, y con su presencia en medio de eventos tanto religiosos como sociales.

A veces nos presenta al Cura como alguien tan especial que se destacaba de manera independiente y de modo individual; capaz de arrastrar multitudes. Sin embargo, la conservación y la creación de las capillas son expresiones privilegiadas de su estilo comunitario a la hora de afrontar trabajos y dificultades.

Dos casos ejemplares son las capillas de Ámbul y Panaholma (cf. LLANOS, 285)

En 1892, desde Salsacate escribe al obispo Diocesano Reginaldo Toro. Le dice que Avelino Molina va con el fin de donar un terreno y dar escritura pública, para que se haga una Villa y una Capilla en Ámbul. Explica que esto lo ha deseado desde hace mucho tiempo, desde el día que fue nombrado cura, hace 22 años. La pedanía de Ámbul era la más poblada de su Curato. Continúa afirmando que la capilla se hará “1 porque toda la pedanía la quiere en ese punto sin contradicción y 2 porque yo ayudaré hasta verla terminada, y será la última de mis empresas, por haberme incapacitado la vejez».

Le aclara al obispo que “en el punto que actualmente está el rancho que sirve de Capilla no hay porvenir y por eso no hay ni ranchos” (Carta 142).

En 1897 escribe al Obispo Toro desde Panaholma. Le cuenta en la carta que “como la Pedanía se ha levantado hoy -como un hombre solo- para dejar el rancho viejo que tiene por capilla y hacer otra de

material cocido con una no poca población adyacente; y como ella ha pedido al infrascrito -como último servicio- que la ayude encabezandola para poder llegar a feliz término..., él no ha trepidado en prestarle la ayuda que se le ha pedido:

1ro Porque debiendo el infrascrito encabezar la nueva iglesia del Tránsito y debiendo trasladarse desde Córdoba las veces, que fueran necesarias, para llegar al final del término de dicha obra, podía también en esas veces ayudar a los panaolmenses a sus santos y progresistas fines.

2do Porque ellos no desistirán de sus propósitos...

Y 3ro porque esos han sido los anhelos del infrascrito desde el año '69. Los mismos que recién va a verificar, como le ha sucedido en Ámbul, porque no se unían las pedanías en el local, como ha sucedido hoy en Panaholma, y como sucedió en Ámbul, hace ahora 5 años" (Carta 172).

En medio de los trabajos siempre surgen intereses personales o de grupos; sin embargo, Brochero mantiene claridad de criterios y objetivos; y aconseja al Obispo. Por ejemplo, pide al Obispo que no autorice la bendición de la capilla de Ciénaga de Allende porque no han hecho la sacristía, ni cementerio, y no lo harán sí se les concede la licencia para la bendición. Busca así que por lo menos hagan la sacristía (carta 69).

En el caso de Panaholma el cura indica al Obispo la estrategia a utilizar con la Sra. Celina Viera, constructora de una nueva capilla que constituía un factor de conflicto entre los fieles, y le informa detalladamente sobre el asunto. Le comenta que en esa situación el sacerdote tendría que habitar en casa de una familia que se convertiría en parroquia, en un lugar poco cómodo para la mayoría de los feligreses, y no exento de algunas sospechas

Como se puede apreciar;

1- Brochero sabe esperar a toda la comunidad. Busca el consenso general de todos los interesados, aún cuando esto suponga años de paciente negociación y trabajo pastoral.

2- Busca lugares adecuados donde diagramar la Iglesia y la plaza como espacio para edificación de la comunidad eclesial, para el encuentro popular.

3- No acepta el juego de intereses personales o de grupo en torno a las capillas. Busca que gane el interés de todos, el bien común
procura que detrás de las decisiones exista un

verdadera participación comunitaria. Sin esa referencia comunitaria el no emprende trabajos, ni pide ayuda.

4- No coordina sino en sintonía con la comunidad. No trabaja a espaldas o en paralelo. Cuando se da la unidad en la zona (pedanía) él pone su apoyo y cualquier otra iniciativa.

5- No es modelo de cura individualista, de jefe que se corta solo. Se comporta como colaborador y consejero del obispo; está unido y coopera fraternalmente con los otros presbíteros, con religiosos/as; y busca los intereses de Cristo comportándose como servidor de los laicos, de distinta condición social y en toda la geografía de su curato. No se puede dejar de pensar que después de un buen tiempo Presbyterorum Ordinis señalará actitudes parecidas (cf PO 7-9)

De este modo se convirtió en una profecía para todos nosotros.

Bibliografía

PEDRO TRIGO, El evangelio encarnado en la realidad, EDUCC 2016.

MARIO OSCAR LLANOS, Corazón de tierra, latido de cielo, Didascalía 2011.

CEA, Cartas y Sermones, Oficina del libro 2013.

Trabajo en grupo

¿Algunos de estos rasgos sinodales los encuentro en mi Seminario y en mi Diócesis? ¿Dónde se manifiestan mejor?

¿Puedo decir que mi proceso de formación sacerdotal me prepara para la sinodalidad eclesial? ¿En qué se manifiesta?



Para seguir trabajando a partir de la espiritualidad brocheriana

¿Cuáles de las siguientes «obligaciones» que plantea el Cura me parecen más actuales?

De cuáles tendría que conversar con el formador/accompañante espiritual?

“Obligaciones del Cura Brochero para con sus ayudantes:

1ra El Cura se obliga a dar a sus Ayudantes la tercera parte de las entradas del Curato, menos el derecho de casamiento ni primicias.

2a Se obliga a tenerlos 3 meses de Ayudantes a no ser que no se puedan (no quiera el cielo) entenderse. Pero si cumplidos los tres meses el Cura agrada a ellos y ellos agradan a él y a sus feligreses, arreglaran por más tiempo (quizá por muchos años).

3a Se obliga a que siempre tengan ellos libre la aplicación de la Misa, esto es, que si él les hace hacer un entierro, sacará el que lo que haga el estipendio de la Misa, y del residuo se partirán entre los tres con el Cura, pero cuando el Cura haga tales sufragios, no sacará el estipendio.

4a El Cura da el derecho de óleos para los dos Ayudantes, partibles entre sí, pero recibirán lo que les den los feligreses, porque muchos no tienen con qué pagar ese derecho. Cuando el Cura los ponga, que será raras veces, entonces no perciben nada de ese derecho.

5a El Cura procurará que sus cosas sean también de los Ayudantes, esto es, verá de no reservarles nada de lo de él.

Obligaciones de los Ayudantes para con el Cura Brochero:

1ra Los Ayudantes le avisarán al Cura Brochero lo que les parezca mal en el trato con ello(s), o con los feligreses, o con las personas particulares, para enmendarse de dicho mal o darles la razón de su proceder.

2a Que han de hacer cada mes un día de retiro junto con el Cura, y se han de confesar cada 8 días, a no ser que la distancia u otra circunstancia impida esa frecuencia, pero se hará a la mayor brevedad de suerte que no pase de quince a veinte días. El Cura les dará el ejemplo en esa línea, confesándose ya con el uno ya con el otro, según esté este o aquél más cerca de él.

3a Que cuanto sean más pecadores, o más rudos, o más inciviles mis feligreses, los han de tratar con mayor dulzura y amabilidad en el confesionario, en el púlpito, y aún en el trato familiar. Y que si encuentran algo digno de reto, se lo avisen al Cura para que él reprenda, a fin de que los feligreses no se resientan con los Ayudantes sino con el Cura, porque ya sabe él cómo los ha de retar.

4a Que harán los entierros y funciones por lo que les diga el Cura, que será generalmente por algo menos del arancel, porque así se gana más plata y más fama de desinteresado.

5a Que si les ofrecen animales por entierros o por funciones los hagan, porque así es mayor la entrada, y porque el Cura recibirá esas especies y dará en plata ese valor a los Ayudantes.

6a Que irán a las Capillas que les diga el Cura y por el tiempo que él les diga, así como irán a las confesiones de enfermos, sin fijarse que ya ha ido varias veces seguidas el que sea designado por el Cura.

7a Que ayudarán al Cura a confesar sanos a derecha e izquierda, y que pueden predicar cada vez que quieran y puedan, porque oyentes tendrán siempre” (AAC, en Positio II, 71s).



«Sentire cum Ecclesia»

Comentario de San Alberto Hurtado

A continuación, a propósito de la sinodalidad, ofrecemos un comentario de San Alberto Hurtado a las reglas que San Ignacio de Loyola propone para sentir con la Iglesia.

Sus palabras pueden ayudarnos frente a dos posibles peligros. Por un lado, las actitudes de resistencia o de rechazo que vemos en algunos ánimos. Todos estamos llamados a sentir con la Iglesia y recepcionar la sinodalidad. No solo formalmente, sino efectivamente, es decir, comprenderla y ponerla en marcha. Por otro, vemos en otros ánimos la tendencia a mirar la sinodalidad como un intento de democratización de la iglesia, una especie de conciliarismo, con la pretensión de un igualitarismo que busca uniformizar el pensar, el sentir y el vivir de la comunidad católica. Sin embargo, la diversidad real, las maneras divergentes de ver y vivir la fe, no son un mal en la comunidad, por el contrario, son un gran estímulo en la búsqueda de mayor fidelidad.



“Reglas para estar siempre con la Iglesia, en el espíritu de la Iglesia militante. No podemos colaborar si no tenemos el espíritu de la Iglesia militante. Nuestra primera idea es buscar enemigos para pelear con ellos... es bastante ordinaria...”

San Ignacio dice: Alabar las largas oraciones, los ayunos, las órdenes religiosas, la teología escolástica... Alabar, alabar. ¡;No se trata de vendarse los ojos y decir amén a todos!! Pero el presupuesto profundo está un poco escondido. Hay un pensamiento espléndido, a veces olvidado: tengo que alabar del fondo de mi corazón lo que legítimamente no hago. ¡;No medir el Espíritu divino por mis prejuicios!!

La mente de la Iglesia es la anchura de espíritu. Si legítimamente ellos lo hacen, yo legítimamente no lo hago. La idea central es que, en la Iglesia, para manifestar su riqueza divina, hay muchos modos: “En la casa de mi Padre hay muchas habitaciones” (Jn 14,2). La vida de la Iglesia es una sinfonía. Cada instrumento tiene el deber de alabar a los demás, pero no de imitarlos. El tambor no imita la flauta, pero no la censura... Es un poco ridículo, pero tiene su papel.

Y los demás instrumentos, ¿pueden mofarse del bombo? No, porque no son bombo. Es como el arco iris... El rojo ¿puede censurar al amarillo? Cada uno tiene su papel. Qué bien cuadra esto dentro del Espíritu del Cuerpo Místico.

Luego, no encerrar la Iglesia dentro de mi espíritu, de mi prejuicio de raza, de mi clase, de mi nación. La Iglesia es ancha. Los herejes bajo el pretexto de libertad estrecharon la mente humana. Nosotros con nuestros prejuicios burgueses, hubiéramos acabado con las glorias de la Iglesia.

En el siglo IV, dijeron algunos: “Queremos servir a Dios a nuestro modo. Vamos a construir una columna y encima de la columna una plataforma pequeña... bastante alta para quedar fuera del alcance de las manos, y no tanto que no podamos hablarles... La caridad de los fieles nos dará alimento, ¡oraremos!”. Nosotros ¿qué habríamos hecho? Hubiéramos dicho: “Esos son los locos... ¿Por qué no hacen como todos?”. Pero el hombre no es ningún loco. La Iglesia no echó ninguna maldición, ¡les dio una gran bendición! Ustedes pueden hacerlo, pero no obliguen a los demás. Ustedes en su columna, pero el obispo puede

ir a sentarse en su trono y los fieles a dormir en su cama. De todo el mundo Romano venían a verlos, arreglaban los vicios, predicaban. San Simón Estilita, y con él otros. Voy a alabar a los monjes estilistas, pero no voy a vivir en una columna.

Otro grupo raro declara: “Nos vamos al desierto, a los rincones más alejados para toda la vida. Vamos a pelear contra el diablo, a ayunar y a orar... a vivir en una roca”. ¿Y nosotros? Con nuestro buen sentido burgués barato, diríamos: “Quédense en la ciudad. Hagan como toda la gente. Abran un almacén; peleen con el diablo en la ciudad”. Pero la Iglesia tiene para ellos una inmensa bendición. ¡No peleen demasiado entre sí! Y no obliguen a los demás a ir al desierto; lo que ustedes legítimamente hacen, ¡¡otros no lo hacen!! Nosotros hoy, despedazados al loco ritmo de la vida moderna, recordamos a los Anacoretas con un poco de nostalgia.

Llega el tiempo de las Cruzadas. La gran amenaza contra el Islam. Llegan unos religiosos bien curiosos. ¿Para nosotros qué es un religioso? ¿Manso, con las manos en las mangas, modesto, oye confesiones de beatas, con birrete? Éstos no tienen birrete sino casco, y tienen espada en lugar de Rosario... Religiosos guerreros. Hacían los tres votos de religiosos para pelear mejor. Hacían un cuarto voto: el de los templarios, voto solemne: “no retroceder lo largo de su lanza, cuando solos tenían que enfrentar a tres enemigos”. Era el cuarto voto. La Iglesia lo aprobó. Luego, ¿todos tienen que pelear y ser matamoros? Lo que ellos legítimamente hacen; nosotros, no.

Vienen otros, tímidos, humildes, pordioseros:

–Un poco de oro y de plata, pero oro es mejor...

–¿Qué van a hacer con el oro de los cristianos?

–¡Llevarlo a los Moros!

–¿Van a enriquecer a los Moros? ¡¿El tesoro de la cristiandad que se va?!

–En la cristiandad no hay mejor tesoro que la libertad de los cristianos.

Los religiosos de la Merced, un voto: ¡quedarse como rehenes para lograr la libertad de los fieles! Bendijo la Iglesia a los militares y a la Merced.

¿Qué habríamos hecho nosotros con San Francisco de Asís? ¡Lo habríamos encerrado como loco! ¿No es de loco desnudarse totalmente en el almacén de su padre para probar que nada hay necesario? ¿No era de loco cortar los cabellos de Santa Clara sin permiso de nadie? ¿Qué habríamos hecho nosotros? En el almacén, el obispo le arrojó su manto, símbolo de la Iglesia que lo

acepta.

Vienen los Cartujos, que no hablan hasta la muerte. Si el superior le manda a predicar, puede decir: ¡No, es contra la Regla! “¡Absurdo -diríamos-, después de 7 años... a predicar!” La Iglesia mantuvo la libertad de los Cartujos: quieren mantenerse en silencio, ¡pueden hacerlo! Y vienen los Frailes Predicadores, los Dominicos: y la Iglesia le da su bendición a los Predicadores.

San Francisco de Asís: una idea: construir un templo con cuatro paredes sin ventanas, un pilar, un techo, un altar, dos velas y un crucifijo. ¡Ah no! -diríamos-, eso es un galpón... Vamos a colgar cuadritos... vamos a poner bancos y cojines... ¡Nada!, dice San Francisco. Gran bendición a su Iglesia y fabulosas indulgencias. Es el recuerdo del Pesebre de Belén.

En los primeros tiempos de los Jesuitas, construyen dos iglesias: el Gesù y San Ignacio. El Gesù, con columnas torneadas, oro y lapislázuli... tardaron 20 años pintando la bóveda: Nubes, santos y bienaventurados. Y San Ignacio, con ángeles mofletudos y barrigones... El altar hasta el techo, con Moisés y Abraham bien barbudos. Nosotros diríamos: “eso es demasiado, falta de gusto, de moderación”. Y la Iglesia bendijo al Gesù y San Ignacio. No es el pesebre, es la gloria tumultuosa de la Resurrección.

En la Iglesia se puede rezar de todos modos: oración vocal, meditación, contemplación, hasta con los pies (es decir, en peregrinación). Los herejes, en cambio: fuera lámpara, fuera imágenes, fuera medallas... ¡Todos los desastres de la Iglesia vienen de esa estrechez de espíritu! ¡El clero secular contra el regular, y orden contra orden! Para pensar conforme a la Iglesia hay que tener el criterio del Espíritu Santo que es ancho.

En el Congo ¿podemos pintar Ángeles negros? ¡Claro! ¿Y Nuestra Señora negra y Jesús negro? ¡Sí! Ese Jesús chino... ¡qué admirable! Nuestro Señor, en los límites de su cuerpo mortal, no podía manifestar toda su riqueza divina. Para el Congo un Padre compró cuadros impresos en Francia. Muestra el infierno, y los negros estaban entusiasmados: No había ningún negro, ¡sólo blancos! ¡Ningún negro en el infierno!

Este es un pensamiento genial de San Ignacio, expuesto sencillamente: alabar, alabar, alabar. Alabemos todo lo que se hace en la Iglesia bajo la bendición del Espíritu Santo. ¡Cuando la Iglesia mantiene una libertad, alabémosla!”

Curso de rectores y formadores en Roma

del 7 al 19 de noviembre de 2022

Con el fin de facilitar la misión de la Iglesia de formar adecuadamente a los candidatos al Orden Sagrado, el Dicasterio para el Clero realizó el *Curso de Rectores y Formadores de Seminarios Latinoamericanos en Roma*, en noviembre del 2022. Este curso no se había podido efectuar en el 2021, como originalmente fue programado debido a las contingencias debidas a la pandemia de covid-19.

Del mensaje del Santo Padre a los participantes del curso

La vida del formador, su constante crecimiento humano y espiritual como discípulo-misionero de Cristo y como sacerdote, sostenido y promovido por la gracia de Dios, es sin duda el factor fundamental de que dispone para dar eficacia a su servicio a los seminaristas y a otros sacerdotes en su configuración con Cristo, Siervo y Buen Pastor. De hecho, su propia vida testifica aquello que sus palabras y gestos intentan transmitir en el diálogo e interacción con sus interlocutores en la formación.

Queridos sacerdotes, soy consciente de que el servicio que prestan a la Iglesia no es simple y no pocas veces desafía la propia humanidad, porque el formador tiene un corazón cien por ciento humano y que no pocas veces puede sentir frustración, cansancio, rabia e impotencia, de ahí la importancia de recurrir cada día a Jesús, ponerse de rodillas y ante su presencia aprender de Él que es manso y humilde de corazón, de modo que poco a poco nuestro corazón aprenda a latir al ritmo del corazón del Maestro.

Las páginas del Evangelio, sobre todo aquellas que narran pinceladas de la vida de Jesús con sus discípulos, nos permiten ver cómo Jesús sabía hacerse presente y ausente, sabía el momento de corregir y el momento para elogiar, el momento de acompañar y la ocasión para enviar y dejar que los apóstoles afrontaran el reto misionero. Es en medio de estas que podríamos llamar “intervenciones formativas” de Cristo que Pedro, Andrés, Santiago, Juan y el resto de los llamados, se fueron convirtiendo en verdaderos discípulos y configurando su corazón, poco a poco, con el del Señor.



Testimonio

Queridos Hermanos: soy el padre Mario Valdivia, formador del Seminario beato Pedro Ortiz de Zárate de la diócesis de Jujuy, Argentina. He tenido la gracia de poder participar en el curso de formadores realizado en la ciudad de Roma junto a muchos hermanos sacerdotes que tienen la misma tarea en Latinoamérica.



Como experiencia me he traído no solo lo aprendido en el curso de formadores y rectores sino también el encuentro de hermanos dedicados a la misma tarea. En lo personal agradezco haber conocido la ciudad eterna y haber sido animado en la tarea de la formación. Las palabras del santo padre, su presencia, su ánimo que dan un verdadero testimonio de que el Espíritu Santo obra en

personas tan sencillas y humildes como ha sido nuestro querido papa. Tanto el curso como la experiencia de los hermanos de las distintas regiones y lugares de nuestra Latinoamérica, han servido como un bálsamo de la presencia de Dios en medio de nosotros, el compartir en las mesas, el rezo de la liturgia, las temáticas que hemos recibido en la formación, han servido para poder reflexionar profundamente nuestra función como medios del cual Dios se vale para acompañar la formación de los futuros sacerdotes. Haber tenido esta vivencia sirve para involucrarme de manera más efectiva en lo que compete al ministerio sacerdotal en el acompañamiento de los seminaristas, el sentir de una Iglesia católica en su máxima expresión. Vivir la fraternidad anima a seguir trabajando y apostando por esta obra. A todo el Dicasterio agradezco de corazón, gracias por todo y muchas bendiciones.



Encuentro Nacional de Formadores de Seminarios de la Argentina

San Juan - 30 de enero al 3 de febrero de 2023

Reseña

Setenta Presbíteros, formadores de Seminarios, participaron del XXXII Encuentro Nacional de Formadores de Seminarios de la Argentina. El encuentro se realizó desde el 30 de enero al 03 de febrero, en el Seminario arquidiocesano Nuestra Señora de Guadalupe y San José.

Mons. Gustavo Manuel Larrazábal CMF, obispo auxiliar de San Juan de Cuyo dio la bienvenida a todos los asistentes guiando el momento de oración inicial del encuentro. También se hicieron presentes: Mons. Hugo Ricardo Araya, obispo de Cruz del Eje; Mons. César Daniel Fernández, obispo de Jujuy; y Mons. Roberto José Ferrari, obispo auxiliar de Tucumán.

Bajo el lema “La tarea formativa en una Iglesia Sinodal”, los participantes reflexionaron, a partir de las exposiciones que se fueron ofreciendo, sobre cómo ir creciendo en sinodalidad en las estructuras de los seminarios y cómo ir formando para que en las nuevas generaciones de sacerdotes se crezca en un modo sinodal de ejercer el ministerio.

Las exposiciones estuvieron a cargo de Marcela Mazzini, el Pbro. Gerardo José Söding y el Pbro. Darío Vitali, quienes invitaron a rumiar sobre la recepción del proceso sinodal a través de la escucha sagrada, la autoridad y el poder como servicio, y la sinodalidad como modo de ser y hacer Iglesia.

En esos días se vivió un clima de fraternidad con espacios de oración, formación y recreación en las instalaciones del Seminario, ayudados por el servicio prestado por los seminaristas que allí se forman.

Los organizadores expresaron que estos encuentros se realizan con el objetivo de brindar un espacio para que los formadores puedan profundizar en el acompañamiento a los candidatos al Ministerio Ordenado.

En la última celebración eucarística, monseñor Araya invitó a los formadores a escuchar a los seminaristas, al Obispo, a todo el clero, a la comunidad educativa y a los otros formadores: “*La sinodalidad en los seminarios es una gran llamada a la escucha*”, expresó.



Sobre quienes nos expusieron en el Encuentro:

Dra. Marcela Mazzini, Laica, profesora ordinaria de Teología Espiritual en la Facultad de Teología de la Pontificia Universidad Católica Argentina. Coordina el Instituto de Investigaciones Teológicas. Participó como Auditora en el Sínodo de la Familia de 2015. Últimamente participó en los procesos sinodales de la Diócesis de San Isidro.

Pbro. Doc. Gerardo Söding, Vicedecano y Director de la Maestría en Teología en la Facultad de Teología de la Pontificia Universidad Católica Argentina. Enseña Teología Fundamental y Sagrada Escritura. Participó en los procesos sinodales en la Diócesis de San Isidro.

Pbro. Doc. Darío Vitali, profesor ordinario de Eclesiología en la Pontificia Universidad Gregoriana de Roma y consultor del Sínodo de los Obispos sobre Sinodalidad.

Autoridad para servir: Jesús y los suyos

Resonancias compartidas desde los evangelios



Pbro. Dr. Gerardo Söding

Introducción: autoridad en sinodalidad

Propongo volver a radicar lo que venimos viendo, la sinodalidad, en su fundamento más profundo que es -como en toda la vida cristiana- Jesús, el Señor, el hijo de Dios, el “único” (unigénito) que se hace hermano de todos (primogénito) y desde allí nos propone este camino.

La cuestión va a ser entonces volver la mirada o mantenerla en Jesús, que es aquel que nos llamó, que nos congregó, que nos acompaña, que es caminante; más aún, para la tradición joánica, Él es el camino, la verdad y la vida (Jn 14,6). Y Él es el que camina junto con sus discípulos; reuniéndolos, esperándolos, acompañándolos. Lucas, el evangelista del camino, nos “muestra” a Jesús dirigiéndose no a Jerusalén, sino al cielo (Lc 9,51); el término del camino no es Jerusalén, donde será asesinado, él va al Padre; asciende “caminando” (Hech 1,11). Jesús es el “caminante” que, viniendo del Padre, para “ocuparse de las cosas del Padre” –dijo cuando tenía 12 años (Lc 2,49)–, como su primera palabra pública– va haciendo su “éxodo”, del que hablan con él Moisés y Elías en la Transfiguración (Lc 9,31). Este éxodo pasa por Jerusalén, pero va al Padre, a quien le entrega el Espíritu para que, desde el Padre y el Hijo, ese Espíritu enseñe y acompañe a su Iglesia a caminar hasta los confines de la Tierra (Hech 1,8). No mirando al cielo, de dónde vendrá, sino yendo a buscar a quienes no han hecho la experiencia de saber que hay un camino; sí, que hay un camino. Porque para Lucas la salvación es esto: hay un camino. Jesús es “el que abre caminos” donde la vida o la muerte parece que los cierran. Esta es su mirada –y creo que nos viene bien– hablando de una iglesia sinodal.

En este contexto de volver la mirada al Señor, que hace camino ante nosotros y que nos invita, acompañándonos, a hacerlo ahora nuestro, aparece la cuestión de la *autoridad*.

Quiero contemplar con ustedes y ayudarlos a contemplar uno de los puntos neurálgicos, para muchos el punto fundamental: la tentación de Cristo, la primera y la última, la más radical, que es el poder como tal, como tentación o como don. Mirar a Jesús teniendo y ejerciendo autoridad. Porque ese es el

fundamento a partir del cual nosotros, llamados, la iglesia, como bautizados tenemos esa autoridad. Recuerdan el prólogo de San Juan: “... a los que lo recibieron [al Logos], les dio la autoridad para llegar a ser hijos de Dios...” (Jn 1,12). Eso es un poder, una *autoridad*. La palabra técnica es *euxosía*, que indica un poder “legítimo”, “autorizado” desde una fuente genuina. El que recibe a Jesús, el Verbo hecho carne, recibe el poder para ser hijo de Dios, la dignidad más grande y primera.

Jesús tiene autoridad y la ejerce. Pensemos en escenas evangélicas con Jesús ejerciendo la autoridad. Debemos notar que nuestro pensamiento y nuestra imaginación está marcados por el cristianismo. Pero, ¿qué era autoridad en la época de Jesús, dentro del judaísmo y su mundo? ¿Qué propone Jesús en ese judaísmo y en ese mundo, y cómo fue recibido en los suyos para hacer desde ese judaísmo y desde ese mundo el modo cristiano de entender y sobre todo de vivir la autoridad? Somos herederos no sólo del evangelio escrito, sino también de una cosmovisión o configuración cristiana que les ha dado una carga simbólica (muchas veces con efecto práctico) a muchos términos. Cuando vamos a los textos que fueron escritos hace 2000 años vamos con esa carga histórica y a veces perdemos el impacto de lo que significaron en ese momento.

No le tenemos miedo a decir que Jesús tiene autoridad, porque somos capaces de entender la autoridad de alguien que enseña interpretando la ley, que expulsa a los comerciantes del templo, y que después, en un grito de abandono, que es una oración, pide perdón para sus asesinos... todo eso lo entendemos, desde nuestra vivencia, como autoridad. ¿Qué nos hace entender esto así? ¿Por qué se dio así? Eso es necesario volverlo a poner sobre la mesa, porque no siempre en el modo de vivir la iglesia eso aparece así en las estructuras, en los documentos, en la práctica concreta. ¿Podemos encontrar un modo cristiano de ejercer, recibir, y compartir la autoridad?

Miremos, entonces, a Jesús, nuestro punto de referencia, que vive primero y enseña a vivir después, el modo de ejercer la autoridad. Todo el Nuevo

Testamento está atravesado por esta realidad, pero aquí deberemos elegir; repasaremos juntos algunos pasajes de los sinópticos. Una más extensa recorrida de Marcos por sus primeras páginas (con alguna explicación ocasional) y tres “paradas” en sus “anuncios de la pasión”. Luego, dos breves “relecturas” que propone Mateo y una “actualización eclesial” que nos ofrece Lucas.

1. En el evangelio según san Marcos

Marcos es un evangelio extremo, radical, es un evangelio que no admite medios términos, escrito para creyentes y comunidades perseguidas, amenazadas, que podían en cualquier momento ser llevadas al martirio. Por lo tanto, no había demasiado tiempo como para sentarse a conversar; hay que actuar de inmediato. Todo es urgente en Marcos: “enseguida”, “de inmediato” (42 veces). No hay mucho tiempo, todo urge. ¿Qué urge según Marcos? Urge que el reino de Dios se ha acercado y eso ha cambiado la época. “El tiempo se ha cumplido, el reino de Dios se ha acercado” (Mc 1,14-15): esa es la palabra, el programa, el horizonte de todo el evangelio, que es Jesús, y el evangelio que Jesús, de parte de Dios, viene a hacer presente. Ante la violencia que ha quitado del medio la voz de Juan Bautista, el precursor, Jesús se aparta y reconoce que debe comenzar él; ahora es su tiempo. Y su propuesta es una propuesta de poder, porque la palabra “reino/reinado” (*basileia*), es una palabra que tiene que ver con la organización social, con el poder. La frase “reino de Dios” casi no se usaba en el judaísmo de esa época, ni se usó demasiado en el cristianismo posterior; para Jesús es lo más valioso, lo más importante, para anunciar y compartir. Él no dice “la presencia de Dios”; dice “el reinado de Dios”, reinado que se podría traducir por “gobierno” de Dios. La palabra del cumplimiento es: “empieza un tiempo nuevo”, una *kairós*. Lo anterior fue preparación, ahora con Jesús empieza un tiempo nuevo. ¿Y por qué empieza un reino nuevo? porque el que va a gobernar es Dios. “El reino de Dios se ha acercado”. ¿Qué pide esto de quienes escuchan? Conviértanse (*metanoete*); y crean (*pistéuete*). Una traducción más familiar podría ser: “cambien la cabeza y confíen”.

Una nota aparte: la conversión en un tiempo nuevo

Marcos no usa la palabra *epistrepho* (volverse) traducción al griego de *shub*, término que usa la Biblia hebrea. En el Antiguo Testamento, convertirse era darse vuelta, era volver atrás, darse cuenta de

que uno se había desviado. Allí “el camino” es la Torá: “lámpara para mis pasos, luz en mi camino”. La Torá es el camino de los justos; está también el camino de los impíos, que terminan “como paja que se lleva el viento” (Sal 1). Si no seguiste el camino de la Torá y te desviaste, entonces alguien, un profeta te grita, y vos tenés que darte cuenta de que te fuiste del camino, y tenés que darte vuelta y desandar lo andado, lo que has hecho mal para, ahora, hacerlo bien. Entonces, “convertirse” es volver para atrás. Dios quedó atrás y yo me fui, y convertirme es darme vuelta y volver a la Ley, que es el camino de la Vida. Esto era la conversión en la época de Jesús. Esto es lo que el judaísmo propone como el camino de vida, porque la ley es el camino de la vida. Pero Jesús no dice eso. Jesús dice: “Dios está adelante, no atrás”. Dios está viniendo, su reino es un futuro que se te ofrece para que Él haga algo nuevo, algo de lo cual no tenés idea, porque es realmente nuevo. Con Jesús no se trata de repetir o mejorar lo hecho, sino de atreverse a saltar a un futuro desconocido, porque el futuro está en manos de Dios; se llama “reino de Dios”. Pero, ¿qué es? no te explica nada... entonces, ¿te animás a confiar? Porque esa es la traducción de *pistéuo* que corresponde exactamente a Marcos.

“Cambiar la cabeza” (*metánoeite*). Cambiar la cabeza es dejar de mirar para atrás. ¿Qué hice mal? ¿Qué debo hacer bien? ¿Qué aprendí de lo que viví? Todo eso es volver sobre nosotros mismos y creer que nosotros nos podemos convertir a nosotros mismos. Eso derivó en infinitas consecuencias pelagianas y semipelagianas en la historia de la iglesia, ideas de las que el papa Francisco nos vuelve a advertir muy recientemente.

No quiero irme de tema, aquí está lo impresionante, porque marca la novedad de lo cristiano: la conversión es un don que Dios nos propone, desde un futuro que está en Él y que sólo desde Él se puede vivir. Para eso mandó a Jesús. “Para eso yo salí”, dice Jesús (Mc 1,38). ¿Salí? ¿de dónde? ¿de Cafarnaúm para ir a rezar hoy a la mañana? Porque no dice de dónde salió. “Para eso yo salí”, “y salí para ir a otros, para ir más lejos, para ir más hondo, para ir con otros”; eso es lo prioritario.

Punto principal: el anuncio de Jesús es un anuncio que tiene que ver con un poder que hace cambiar al mundo, que hace cambiar la época, que hace cambiar el tiempo. El *kairós* es un signo del cambio de época: hoy es 2023 para los cristianos. No para los judíos, no para los musulmanes, no para los seguidores de Zoroastro. Nosotros creemos que Jesús

marcó el tiempo. Cuando un cristiano poderoso dijo “yo voy a decir cuándo empieza una época” y eligió lo cristiano, lo propuso e impuso para todos los calendarios. El dato brota de la fe. La fe marca el tiempo en lo cristiano, transforma la historia, si se acepta esta propuesta. Esto es lo primero. Cuando se dice que la sinodalidad es un *kairós*, volvemos al primer *kairós* del evangelio y nos preguntamos, entonces, si podremos cambiar la mentalidad y confiar, no en lo que podremos hacer nosotros, sino en lo que Dios en Jesús está haciendo en nuestro tiempo, en nuestro pueblo.

El poder del reino de Dios

Esto recién dicho se actúa “enseguida” con Jesús llamando a otros para que se incorporen en ese proyecto (Mc 1,16-20). Marcos lo hace a propósito. La única manera de ver que el reino de Dios se acerca, que el tiempo se cumple y que la persona puede cambiar la mentalidad y confiar, es mostrar a quienes lo han hecho. ¿Y quiénes lo han hecho? Simón, Andrés, Santiago y Juan. Porque lo absolutamente inaudito es que pasa un desconocido, les dice: “sígueme”, y ellos dejan todo: la barca, las redes, el padre y los jornaleros, y se van a caminar detrás de él. Cosa que es totalmente imposible. Nadie deja así lo que le da seguridad en ese mundo: el trabajo y la familia. ¿Qué poder, qué autoridad es capaz de suscitar esto? Está claro que el evangelio no es un relato biográfico, pero su testimonio es fundamental: ¿por qué yo hago lo que hago?, ¿por quién? Porque éste es un punto decisivo de toda sinodalidad que forma la iglesia. ¿Por quién? Dirán los seguidores -no son discípulos todavía-: por Jesús.

Entonces, un efecto inmediato, una inmediata indicación del poder del reino de Dios es la creación de una “comunidad de seguidores”, es el “nosotros”, que se inaugura en Mc 1,21: “entraron” en Cafarnaúm... El evangelio ya no es solo un precursor que fue silenciado (el Bautista), ni un anunciador que proclama una era nueva (Jesús), sino un sujeto plural, un “nosotros” que ha sido llamado para una misión. Y tenemos el día “típico” del misionero, la jornada de Cafarnaúm (Mc 1,21-38). Jesús va construyendo, a partir de su palabra y su acción, la comunidad de seguidores, al mismo tiempo que propone, para todos, lo que significa -diría Pablo VI- la salvación o la redención integral: todo el hombre y todos los hombres.

Es precioso este sábado de Jesús y los suyos en Cafarnaúm: el espacio sagrado y el profano, la sina-

goga y la casa, en público y en privado, lo que se hace con uno y lo que se hace con todos. Una mujer, la suegra de Simón, un endemoniado en la Sinagoga, y después, a la tarde, todos los endemoniados y todos los enfermos. Después, la madrugada a solas con el Padre. Y la oración, que lo devuelve al ritmo de “a dónde”, “con quienes” y “cómo”. Esta es la unidad de vida que se nos propone como corazón de la caridad pastoral, para definir o configurar la espiritualidad del evangelizador, o del presbítero, más concretamente.

El reino de Dios llega con poder, con poder de transformar la vida de las personas, con poder de liberar lo sobrehumano que impide a la humanidad poder ser sujeto. El primer milagro es un exorcismo. Para ser libres primero hay que ser liberados, y por eso el poder del reino tiene que afrontar lo que impide la libertad humana, y eso es lo demoníaco. El conflicto no se da en primer lugar con el corazón del hombre, porque éste está tomado por “el fuerte” y para eso tiene que venir uno “más fuerte” que lo libere (Mc 3,22-27). Creo que esta dimensión de la vida de fe hay que revisarla, fundamentalmente porque está en el evangelio y en la experiencia de todo cristiano: el poder del mal. El poder de Dios enfrenta el poder del mal. Con las figuraciones que cada cultura le ha ido poniendo. No es solamente la libertad humana, hay algo mucho más grande que está en juego. Un conflicto sobrehumano que es necesario entender más. Hay que reconocer, y hay que ayudar a atravesar, que hay sistemas, hay mentalidades, hay estructuras, costumbres y tradiciones que impiden al corazón humano elegir en libertad frente a Dios: qué ser, qué hacer, por dónde ir. Por eso el primer conflicto es un conflicto con el poder antidivino y antihumano, el poder satánico.

Una vez liberado, el corazón humano podrá elegir. Es como un eco del Éxodo. No se puede hacer Alianza con un pueblo esclavo. No puede haber Alianza en Egipto, porque los esclavos no pueden elegir. Primero hay que liberarlos, para que una vez libres puedan ser aliados, y puedan elegir quién es su Dios, como Dios los elige a ellos para ser su Pueblo. Una cosa es ser liberados y otra cosa es vivir en libertad. Bien lo sabemos por los procesos personales y comunitarios que vivimos y acompañamos. Ya estamos hablando, claramente, del poder, de la autoridad.

El reino de Dios llega con poder. El poder libera, el poder asombra y, evidentemente, provoca conflicto. Y apareció ahí, en la jornada de Cafarnaúm, la

palabra “autoridad”. Jesús se pone a enseñar y se asombran sus paisanos porque enseña “como quien tiene autoridad y no como los escribas”. Ni aparecen aún los escribas en escena y la gente ya compara: “ésta es una enseñanza nueva”. No sabemos cuál es el contenido; impacta la autoridad. La autoridad de quien enseña se muestra en la liberación que esa enseñanza provoca: “ordena a los espíritus impuros y estos le obedecen” (Mc 1,23.27). Este conflicto y esta admiración, ante la novedad de la autoridad de Jesús, va a atravesar todo el evangelio hasta el final.

Derribar muros y construir puentes

Esta autoridad provoca inmediatamente la resistencia de quienes tienen autoridad en la sociedad. Marcos nos ofrece una transición fundamental, que es el pasaje del leproso que se acerca y le dice a Jesús “si quieres puedes purificarme” (Mc 1,40-45). Marcos empieza con un tríptico (Mc 1,21-39; 1.40-45; 2.1-3,6) y éste es el centro. En este centro hay un mundo, un mundo que cae. Como una muralla que cae, un muro entre lo puro y lo impuro. Porque la lepra es el símbolo más terrible de la exclusión en nombre de Dios con la catalogación de la impureza. La separación entre lo puro y lo impuro está en el corazón de la Torá, y por eso hay ritos y modos de separar lo puro en su pureza, santidad, lo digno de Dios, y lo profano, lo impuro. El pasaje de uno al otro está separado por un muro. Habían construido ese muro como una ley de Dios. Jesús lo derriba con su mano que se extiende y toca a quien no puede ser tocado. Podía curarlo de palabra: “Sí, lo quiero. Queda limpio”, pero extendió su brazo y lo tocó. Eso era transgredir, transgredir una ley fundamental que divide el mundo entre puros e impuros, entre dignos e indignos, justos y pecadores. En vez de quedar Jesús contaminado, el leproso queda purificado. Se derrumba toda una cosmovisión religiosa que, en nombre de Dios, maestros y alumnos estudiaban. Pero hacer esto y provocar esto en ese contexto, se paga con la vida. Porque Jesús ha tocado lo sagrado y quien toca lo sagrado lo paga con la vida. Este es, quizás, el conflicto más radical del Nuevo Testamento.

La oposición y los conflictos

Lo sagrado es intocable. Dicho sencillamente, cada cultura y cada persona tiene algo que no se toca, que no se negocia, eso es lo sagrado. El que lo toque provocará un nivel de violencia, violencia contenida que racionalmente no se explica, porque toca algo pre-racional y muy ancestral, el núcleo profun-

do desde donde nosotros valoramos y sentimos lo que realmente nos importa en la vida. Por eso tocar lo sagrado, profanar lo sagrado no es inocente, no queda impune. Y Jesús lo hace, para liberar, para incluir, para sanar, para perdonar, para resucitar... Este es el poder de Jesús, su *autoridad*, que tiene de parte de Dios la misión de ofrecer otra mirada sobre lo que es sagrado, sobre lo sacro, lo que no se negocia, lo que no se puede tocar. Al final, hubo de entregar su vida, porque ese poder “sagrado”, mediado en las instituciones de su mundo, es el que lo tiene que aniquilar. No se puede tocar el sábado, porque el sábado es sagrado. Y dice Jesús: “el hijo del hombre es Señor del sábado” (Mc 2,28). Y no se pueden perdonar los pecados, porque eso solo lo hace Dios, pero “el hijo del hombre tiene autoridad para perdonar los pecados” (Mc 2,11), sin un examen de conciencia, ni un sacrificio en el templo, ni una promesa de “portarse bien” en adelante. No hay un pasado que condena y que hay que reconocer, ni un sacrificio que ofrecer, ni una hipoteca sobre el futuro que prometer... ¡Ahora, *kairós!* ahora es la liberación para poder aspirar y recibir un futuro, una vida, una esperanza radicalmente nueva. Esto es totalmente inaudito. Es inaudito el accionar de Jesús en el evangelio. Inevitable, se ve venir el conflicto. Alguien que va diciendo y haciendo estas cosas genera conflictos. En su composición, Marcos agrupó a continuación de la curación del leproso cinco controversias (Mc 2,1-3,5), en un crescendo que termina con la decisión de las autoridades de matar a Jesús. Apenas entrada la narración, y Jesús ya está condenado a muerte. Los herodianos, el poder político aliado con Roma y los fariseos, el poder religioso que detestaba a Roma, lo han decidido juntos (Mc 3,6).

No puede ser novedad que cuando Jesús viene trayendo el reino de Dios provoque: admiración, alegría, liberación, esperanza, y al mismo tiempo: resistencia, incompreensión, hostilidad, y finalmente violencia sobre su persona para matarlo. Marcos lo pone con toda claridad y lo propone a su comunidad como inicio del evangelio. ¿Cómo seguir? ¿cuál es la respuesta de Jesús? renovar la misión. Pero ahora con otros, convocando de entre todos a algunos, en particular a los Doce (Mc 3,13-19). Hasta ahí fue él solo. A éstos, que estarán con él, ¿qué les dará...? La misma autoridad (*exousia*) que él tiene, poder bueno (sólo bueno) para hacer con los demás lo que oyeron, vieron y compartieron estando con él (Mc 6,7).

Jesús tuvo conflictos con fariseos, saduceos,

escribas, pero también los tuvo con los suyos. Sus parientes salen a buscarlo para reapropiárselo porque, dicen: “está loco”, en el sentido de que está fuera de sí, “sacado” (Mc 3,21). Si uno lo piensa profundamente, hay una doble salida de sí. Jesús sale hacia al Padre y hacia los demás. Es un éxodo, un descentrarse, que solo puede darse a partir de haber estado profundamente en sí. Sólo puede darse el que de alguna manera se posee. Solo el que está en sí, profundamente en sí, es el que puede, saliendo de sí, darse sin perderse, entregarse sin aniquilarse. Esta dinámica espiritual, profundísima, Jesús la recibió del Padre, porque eso es del Espíritu que actúa en él, porque él es hecho por el Espíritu. Es el fruto más pleno del Espíritu en Jesús. Lo más grande que el Espíritu ha hecho y hace es Jesús. Lo hizo en el hijo de María, lo hace en los hermanos que somos nosotros. Hacer a Jesús de nosotros, el Cristo en nosotros. Ésa es la obra del Espíritu fundamentalmente. El Espíritu hace la mayor intimidad y la mayor comunión al mismo tiempo. Porque hace que cada uno sea más plenamente uno mismo, y a la vez, más recibido y entregado. Es la relacionalidad, fundamento de toda sinodalidad y de toda fraternidad... Pero su familia ve a Jesús como un “sacado” al que hay que traer y tener en casa, porque actuando así deshonra a la familia. Algunas veces tuvo conflictos con las multitudes, que lo buscaban no por el reino de Dios.

Me preguntan: ¿es posible hablar de algún modo de “conflicto” con el Padre? Marcos dice que si no se llega hasta allí no se acaba de saber quién es Jesús, pero que allí solo puede estar él, desde Getsemaní hasta la cruz. La salvación del mundo no se decide entre el poder de Dios y el poder del demonio, sino en el amor entre el Padre y su Hijo. En esa hora tremenda es la única vez que escuchamos a Jesús diciendo, literalmente, “Abba”. Es la expresión de mayor confianza, cercanía y respeto en el momento de mayor agonía. El Padre no le dice “tú eres mi hijo amado”, el Padre no le dice nada... Creo que pocos lo han dicho como Benedicto XVI en *Deus caritas est*, o H. U. von Balthasar, con abismales profundidades: el drama de la salvación se vive en Dios, entre el Padre y su Hijo, el Señor. Todo por nosotros. Y esto es incomprendible, va más allá de toda lógica, lógica de poder o de toda sabiduría de entender. Los griegos buscan sabiduría, los judíos buscan signos de poder, nosotros solo predicamos a un Cristo crucificado, que para ellos es necedad y que es impotencia (1 Cor 1,22-23).

En el camino a entregar la vida

Vamos a retomar ahora las enseñanzas de Jesús respecto de la autoridad para sus discípulos. En la segunda parte del Evangelio de Marcos (Mc 8-16) aparecen los tres anuncios de la pasión y resurrección. Somos tan “doloristas” que los llamamos anuncios de la pasión, pero cada vez que Jesús anunció la pasión también anunció la resurrección; son anuncios de su Pascua entera. Con cada anuncio lo que Jesús logra es un rechazo inmediato. Ambos (anuncio y rechazo) motivan, cada vez, una enseñanza. Por eso toda la segunda parte del evangelio es aprender de Jesús a seguirlo como él quiere que lo sigamos.

Mc 8,27-33 (pensar según Dios)

Con Pedro es el “no a la cruz”, “sufrimiento, no”. Todavía no aparece el tema de la autoridad, porque aquí el escándalo es la Cruz: “no” un Mesías crucificado, “no” un Mesías sufriente. Simón piensa como los hombres y no como Dios, dice Jesús. Y por eso esa crisis, crisis de “¿a quién estamos siguiendo?”, no la puede resolver él, porque él la provocó. Tiene que entrar Dios directamente, por única vez en toda la trama del ministerio de Jesús, porque es el único que puede resolver la crisis que provocó Jesús, el Hijo, cuando dijo para qué vino y a dónde va. Es la Transfiguración, donde aparece Dios hablándole a los discípulos: “¡escúchenlo!” Jesús dice quién es y a dónde va, e invita a seguirlo, y eso provoca la confusión total: ¿a quién estamos siguiendo? ¿dejamos todo! ¿a dónde vamos? ¿va a la muerte? ¿qué va a hacer de nosotros? ¿Quién resuelve esto? Dios, y por eso está la Transfiguración, enseñanza para ellos ahora y más adelante, para todos.

Mc 9,30-37 (quién es el más grande)

Jesús está atravesando la Galilea y anuncia: “*El Hijo del hombre va a ser entregado en manos de los hombres; lo matarán y tres días después de su muerte, resucitará. Pero los discípulos no comprendían esto y temían hacerle preguntas.*” No solo no entienden, sino que además tienen miedo de preguntar. Entonces Jesús es quien pregunta: “*Llegaron a Cafarnaúm y, una vez que estuvieron en la casa, les preguntó: «¿De qué hablaban en el camino?».* Ellos callaban, porque habían estado discutiendo sobre quién era el más grande.” ¡Qué contraste! Se puede estar caminando juntos, pero con tal distancia entre Jesús anunciando que va a ser entregado y asesinado y ellos discutiendo quién es el más grande. Jesús maestro llama a los

Doce, se sienta y les dice: *“El que quiere ser el primero, debe hacerse el último de todos y el servidor de todos.”* Aquí aparece la inversión entre primero y último. Último y servidor (*diakonos*). En aquella época el esclavo no era persona -ya lo sabemos- nadie quería ser esclavo y Jesús propone esta inversión. Y para que quede claro, la completa con la recepción del niño. Toma un niño, lo pone en medio, y abrazándolo les dice *“El que recibe a uno de estos pequeños en mi Nombre, me recibe a mí, y el que me recibe, no es a mí al que recibe, sino a aquel que me ha enviado”* La escena es muy impresionante. Un niño es alguien que todavía no tiene ningún tipo de participación y Jesús lo pone en el medio, y lo abraza: *“El que lo recibe, me recibe”* ¿Y quién estaba abrazando a Jesús? El que lo envió, su Padre. Abrazo de grupo, como festejo de gol. En el centro está el niño, y Jesús dice abrazándolo: si vos querés abrazar al niño me estarás recibiendo a mí y al recibirme a mí vas a experimentar a quien me está abrazando a mí. Así enseña Jesús a sus discípulos lo que es la verdadera grandeza. Es una imagen preciosa, muy concreta, de cómo se constituye la comunidad de seguidores.

Mc 10,32-45 (servir dando la vida)

Subiendo a Jerusalén, Jesús se adelanta a sus discípulos. Ellos están asombrados, asustados. Jesús va con tanta pasión y entusiasmo que los que lo seguían tenían miedo. Reúne a los Doce y comienza a decirles: *“Subimos a Jerusalén; allí el Hijo del hombre será entregado a los sumos sacerdotes y a los escribas. Lo condenarán a muerte y lo entregarán”*, y con todo detalle le describe la pasión, para concluir: *“Y tres días después, resucitará”*. *“Santiago y Juan, los hijos de Zebedeo, se acercaron a Jesús y le dijeron: «Maestro, queremos que nos concedas lo que te vamos a pedir». Él les respondió: «¿Qué quieren que haga por ustedes?». Ellos le dijeron: «Concédenos sentarnos uno a tu derecha y el otro a tu izquierda, cuando estés en tu gloria.»”*

Santiago y Juan han superado un cierto individualismo y pretenden reclamar un equipo de triunfadores. Aquí hay dos y, porque son hermanos, se pusieron de acuerdo para desplazar a los otros. No importa si Santiago o Juan es el primero, con tal que ellos dos se aseguren los dos primeros puestos. Es mucho más que una promoción individual, acá hay una cuestión de privilegio que se pretende. Pero Jesús les ofrece lo único que tiene, que no es un reparto de puestos, sino el cáliz y el bautismo, o sea su vida entregada. Los puestos en la gloria son asignados

por Otro. Se indignan los otros diez, no sea cosa que no les toque a ellos. Una vez más, Jesús maestro se sienta y va a hablar de política, literalmente: Miren cómo es el mundo *“ustedes saben que aquellos a quienes se considera gobernantes, dominan a las naciones como si fueran sus dueños, y los poderosos les hacen sentir su autoridad”*. Así es el mundo y Jesús no lo condena. Solo dice *“esto es así, ustedes saben que es así”*, pero ahora entre ustedes, así no. Jesús no le está hablando a los gobernantes de las Naciones, le está hablando a sus discípulos. Ustedes saben cómo son las cosas afuera, pero así entre ustedes no, entre ustedes no. *“Al contrario, el que quiera ser grande, que se haga servidor de ustedes; y el que quiera ser el primero, que se haga servidor de todos”* ¿Por qué? ¿Por qué es mejor para la comunidad? ¿Porque da una mejor imagen hacia afuera? El fundamento es él, el único fundamento es él: *“Porque el mismo Hijo del hombre no vino para ser servido, sino para servir y dar su vida en rescate por una multitud”*. Siendo Jesús servidor, dando su vida por la multitud, o sea, por todos, no se va a poder vivir a contramano la forma de la autoridad en la iglesia. Porque Jesús vino con la autoridad de Dios, no a ser servido sino a servir y a dar su vida como rescate de redención para la multitud. Lo sabemos, lo conocemos, pero aquí está: este texto ha cuestionado y sigue cuestionando y alentando a toda la iglesia, todos los días.



2. Mateo “relee” a Marcos

Propongo sólo dos “relecturas” que Mateo hace a partir de Marcos. Acabamos de ver la comunidad de Marcos, que es el evangelio para aprender a ser discípulo, el primero, el esencial. Mateo está en otro contexto, se trata de cómo debe vivir la comunidad.

Es el evangelio para aprender a hacer iglesia, el evangelio eclesial. La iglesia se trata de una fraternidad, y entonces hay que reinterpretar lo que ya está en Marcos en muchos ámbitos para vivirlo en fraternidad, en comunidad. Por eso, por ejemplo, en los relatos de vocación, Jesús vio a dos hermanos y luego otros dos hermanos (Mt 4,18-22).

El ámbito más característico es la comunidad (asamblea, *ekklesia*, que sólo aparece en este evangelio). Es aquí donde pone Mateo la cuestión de la grandeza en la vida comunitaria. El capítulo 18 empieza con la pregunta de quién es el más grande del reino de los cielos. Es el eco de la pregunta que Marcos había hecho en la discusión que recién recordábamos. Para Mateo es una cuestión de iglesia. ¿Qué hace Jesús según Mateo? *“Jesús llamó a un niño, lo puso en medio de ellos y dijo: «Les aseguro que, si ustedes no cambian o no se hacen como niños, no entrarán en el Reino de los Cielos. Por lo tanto, el que se haga pequeño como este niño, será el más grande en el Reino de los Cielos. El que recibe a uno de estos pequeños en mi Nombre, me recibe a mí mismo.”* (Mt 18,2-5). Parece igual a Marcos, pero no lo es. Jesús no abraza; Mateo es mucho más solemne. Habla a la comunidad, diciéndoles lo que deben hacer, deben hacerse como niños, ponerse en ese nivel. Es un trabajo enorme para los adultos responsables de la comunidad.

Mateo trae el tercer anuncio de la pasión y resurrección en Mt 20,17-19, después de la cual, la madre de los hijos de Zebedeo es la que *“se acercó a Jesús, junto con sus hijos, y se postró ante él para pedirle algo. «¿Qué quieres?»*, le preguntó Jesús. Ella le dijo: *«Manda que mis dos hijos se sienten en tu Reino, uno a tu derecha y el otro a tu izquierda».*”

Los hijos de Zebedeo habían dejado a su padre en la barca, pero no a su madre. La escena refleja un drama común en las comunidades, las dificultades de lo que se llamaban las “fidelidades en conflicto”, conflicto con la familia por causa de la fe. Lo vimos en la familia de Jesús, que, según Mc, lo juzgaba un exaltado, y lo seguimos viendo entre nosotros.

Es el tema de la autoridad en la comunidad, pero bajo qué influencia, qué presiones, qué imposiciones. *“No saben lo que piden... los otros diez se indignaron contra los dos hermanos”*, contra lo que daña la fraternidad, la comunidad. Mateo es un evangelio de la fraternidad dañada, como buen judío: la fraternidad está herida desde el principio: Caín mató a su hermano Abel, los hermanos de José lo quieren matar y lo venden (Gn). Es muy alto el costo de recrear una fraternidad. Y eso lleva a un planteo distinto: el Hijo resucitado va a tener que mandar a las mujeres fieles a avisar a “sus hermanos”, los discipu-

los dispersos por la violencia y la muerte, a partir de su propia experiencia pascual, a reencontrarse en torno a él (Mt 28,10).

3. Lucas: en casa y a la mesa

Lucas reservó este tema para la última cena. Los conflictos se ven en los caminos, en las casas y, sobre todo, en las mesas. La mesa, el banquete, es el símbolo en el evangelio de Lucas que manifiesta más claramente lo que es la comunidad de la iglesia (qué se come, con quién se come, dónde se sientan, etc.). Jesús come y bebe, y a partir de las comidas pone de manifiesto qué es el reino de Dios. *“¡Feliz el que se sienta a la mesa en el reino de Dios!”*, dice alguien sentado a la mesa con él (Lc 14,15).

Historiador y teólogo, Lucas ordena su narración de los acontecimientos junto a su significado “actualizado” en la vida de la iglesia. Así, en la comida pascual judía se celebra la última cena (Lc 22,14-18) y luego la primera eucaristía de la iglesia (Lc 22,19-20). Jesús anuncia la traición de Judas, y entonces aparece el conflicto de la autoridad, con la discusión entre los discípulos sobre quién es el mayor. Para Lucas, ésta es la forma “actual” de traicionar a Jesús: en la iglesia, traiciona el que busca el poder. Saben cómo se gobierna en el mundo, pero entre ellos no debe ser así. Al contrario, *“El que es más grande, que se comporte como el menor, y el que gobierna, como un servidor.”* Como fundamento, una típica inversión lucana: *“Porque, ¿quién es más grande, el que está a la mesa o el que sirve? ¿No es acaso el que está a la mesa? Y sin embargo, yo estoy entre ustedes como el que sirve”* (Lc 22,27).

Apertura: “el que quiera...”

Estos pocos textos pueden decirnos mucho. Me parece valioso notar cómo las distintas tradiciones han tenido que recibir y reinterpretar la escandalosa propuesta de Jesús de lo que es la grandeza, lo que es la entrega, que es la forma de servicio lo que manifiesta la verdadera autoridad. Jesús no promueve la pasividad, no dice “el que quiera ser mediocre, el que quiera arruinar su vida, el que no tenga nada que hacer...”; dice “el que quiera ser alguien, ser grande, el que quiera ser el primero.” ¿Qué significa ser grande? ¿Qué es ser primero? Jesús llama a personas que quieren, que buscan, que pueden incluso competir. Lo que hace es ofrecerles lo que él vive profundamente con la *autoridad* que recibió de su Padre, cómo llegar a ser primero haciéndose último, en cualquier lugar, en todo lugar. Y esa actitud es el servicio por amor hasta dar la vida por los demás; por cada uno, por todos.



Pbro. Dr. Dario Vitali

Formar para la sinodalidad en la Iglesia

INTRODUCCIÓN

Buen día a todos. Voy a hablar de la sinodalidad, según ustedes me han pedido. Hablar de la sinodalidad y de la formación de los seminaristas, y de los curas para la sinodalidad no es cosa simple, pero vamos a intentarlo y lo haré en dos etapas. Si se habla de proceso sinodal en etapas, vamos también nosotros en dos etapas: Una primera, donde hablaré de la sinodalidad en general, qué es y cómo hay que pensar la sinodalidad y una iglesia sinodal. Y por qué pensar una iglesia sinodal. Y la segunda etapa, cómo aplicar a los curas y a los seminaristas los principios de la sinodalidad y cómo pedir que sean sujetos activos en el proceso sinodal.

PRIMERA PARTE

Estamos ya celebrando la 16ª Asamblea del Sínodo de los Obispos con el título «*Por una Iglesia Sinodal, Comunión, Participación y Misión*». Empezó la asamblea el 10 de octubre del 2021, cuando el Papa Francisco, en San Pedro, abrió solemnemente la asamblea con la etapa en las iglesias particulares. El domingo siguiente, en todas las catedrales, los obispos abrieron la etapa en la iglesia particular, porque es claro, no hay consultación sinodal del Pueblo de Dios sin que el obispo -que es principio y fundamento de unidad de su iglesia- convoque al mismo pueblo en este proceso sinodal.

Después, la asamblea de la Conferencia Episcopal de cada país hace el discernimiento entregando su síntesis a la Secretaría del Sínodo. En septiembre pasado, la Comisión elegida por la Secretaría trabajó el documento para la etapa continental. Las asambleas sinodales se celebrarán en este período desde enero hasta junio. Y después de la preparación del *instrumentum laboris* con todos estos pasajes de la primera etapa, la etapa en las iglesias particulares, en las instancias intermedias de sinodalidad, se abrirá en octubre la asamblea en Roma, *more solito*, es decir, según la modalidad habitual, con una asamblea de obispos y algunos otros que harán un discernimiento y se entregará un documento a las iglesias y también al Papa. Porque así será posible

proponer una exhortación apostólica postsinodal sobre la Iglesia sinodal y sobre la sinodalidad. La importancia de este sínodo es evidente. Si la Iglesia es constitutivamente sinodal, todo va a cambiar o todo debería cambiar de manera sinodal.

Una perspectiva del caminar juntos, después que se va decidiendo juntos. Esta es una novedad en la vida de la Iglesia, porque se ve, se experimenta la participación de todos, cada uno según su función específica en la Iglesia. El Pueblo de Dios, que participa de la función profética, sacerdotal y real de Cristo, según lo que dice la *Lumen gentium* en el capítulo segundo sobre el Pueblo de Dios. El colegio de los obispos, según su función, el obispo de Roma, según su función de unidad, tanto de todos los bautizados como de todos los obispos, como también de todas las iglesias.

Es claro que estamos frente a algo que se dice novedoso. Si vamos a ver el tiempo de este discurso, no es muy largo. La primera vez que se entiende hablar de Iglesia sinodal en los labios de un Papa es el 17 de octubre del 2015, cuando, celebrando los 50 años de la institución del Sínodo de los Obispos, en octubre de 2015, cuando se celebraba la segunda asamblea general ordinaria del Sínodo sobre la Familia, el Papa dice que la sinodalidad es lo que el Señor espera de la Iglesia del tercer milenio. Y después, dice también, que una Iglesia sinodal es una Iglesia de la escucha, donde el Pueblo de Dios, obispos, obispo de Roma, se escuchan los unos a los otros, y juntos escuchan al Espíritu, el Espíritu de la verdad que guía a la Iglesia. Frente a esta afirmación, el Papa desarrolla la idea de una Iglesia sinodal, como Iglesia de la escucha donde todos tienen su lugar y todo se desarrolla según un proceso. El dinamismo sinodal -dice el Papa- empieza en las iglesias particulares, sigue en las instancias intermedias de sinodalidad y culmina en la escucha de los obispos en la Asamblea y en la escucha del obispo de Roma, que es el principio de unidad de todos, el doctor y pastor de todos los bautizados. Siguiendo esta indicación, la secretaria del Sínodo preparó un texto de constitución que el Papa aprobó, y tenemos así el cambio del Sínodo, que pasa de ser una asamblea, un acontecimiento, a ser un proceso por etapas. La etapa primera en las iglesias particulares, la etapa “asamblear” en Roma, y, después, la tercera etapa “actuativa”, de nuevo en las iglesias, donde la Secretaría del Sínodo, con la colaboración de los organismos de Curia, que tienen participación en

el tema, van a ayudar y a actuar lo que el Papa dice en su exhortación postsinodal.

Esta es la normativa que surge de la experiencia de este pontificado, aunque hay muchos que dicen que esta es una moda de este Papa que tiene esta valoración del Pueblo de Dios y que va a transformar todo en una democracia o algo similar, como los que tienen temor de que la Iglesia se transforme en una democracia. Es claro que hay sectores de la Iglesia que tienen interés en explicar así la sinodalidad, no como algo teológico, sino únicamente sociológico, un proceso que es muy cercano a los procesos de la sociedad civil. En verdad no hay nada tan antiguo como la sinodalidad, porque la Iglesia del primer milenio, la de los Padres, es una Iglesia sinodal. Todos conocen la praxis de las *Litterae communionis*, cuando los obispos se escribían cartas los unos a los otros para resolver problemas, para enfrentar una situación cuando las necesidades lo ponían en evidencia, y así, el Concilio Ecuménico, los Concilios Provinciales o los Concilios Locales son expresión de una sinodalidad, porque el obispo no es el jefe absoluto de una iglesia sino el principio de unidad de esta iglesia.

Cipriano de Cartago decía que el obispo está en la Iglesia, la Iglesia está en el obispo (cfr. Cipriano, Epistola, 14, 4) y todos recuerdan que cada iglesia tenía su profesión de Fe. El obispo cuando participa del Concilio Ecuménico pone en su presencia también la presencia evidente de la Iglesia, es el obispo de esta Iglesia. Y así, la presencia de todos los obispos, pone la presencia de la católica. No es sólo una reunión de obispos sino la manifestación de la Iglesia Católica, de toda la Iglesia como comunión de iglesias. El cambio de Eclesiología en el segundo milenio con la reforma Gregoriana, pone la praxis sinodal en segunda línea, hasta olvidarla. Se celebran Concilios Generales, Provinciales, Particulares y también los diocesanos, pero es claro que es únicamente una cuestión de clérigos y el Concilio General es una representación de la sociedad cristiana, con reyes, príncipes, con teólogos y no sólo con obispos, porque es la representación evidente de la cristiandad. El Concilio Vaticano II pone los fundamentos de la recuperación de la sinodalidad. Este Concilio no habla de sinodalidad, porque su preocupación era otra, era poner en equilibrio evidente las afirmaciones sobre el primado del Vaticano I con otras afirmaciones sobre el episcopado, y las funciones del obispo. Así el capítulo III, en el esquema segundo que reciben los Padres en el aula, estaba como capítulo II después del misterio de la Iglesia. Se habla de la colegialidad, de la sacramentalidad del episcopado; se habla de las funciones, *tria munera* de los obispos: *docendi, santificandi* y *regendi*. Sabemos también que el Concilio propone lo que los eclesiólogos llamamos el giro

copernicano, cuando se ofrece la posibilidad de redactar el capítulo II sobre el Pueblo de Dios antes de todas las diferencias. El giro copernicano consiste en esta afirmación simple, lo que une a los bautizados precede, es más evidente, que lo que los distingue. No se van a suprimir las distinciones, pero se afirma ante todo la igualdad de los bautizados, la *pari dignidad* de los que se ponen en la vía de Cristo a través del bautismo. La dignidad más grande en la Iglesia no es ser Papa, obispo, cura, seminarista, etc, sino ser hijo de Dios. No hay dignidad más grande que esta. Y por eso todas las funciones son un desarrollo de esta fundamental dignidad de los hijos de Dios.

Si entendemos así el capítulo II, el Pueblo de Dios posee una condición tan grande que tiene también una función activa en la vida de la Iglesia, porque en razón del sacerdocio común participa de la función profética, sacerdotal y real de Cristo, según su especificidad. ¿Cuál es esta especificidad? Ser pueblo de Dios, ser sujeto que se reúne en la liturgia y celebra las alabanzas a Dios con un sacrificio sin mancha, desde donde sale el sol hasta su ocaso -como dice la plegaria eucarística-. También participa en la función profética a través del *sensus fidei*. No hay Papa que haya hablado tanto del *sensus fidei* como este Papa, que repite muchas veces que el Pueblo de Dios es *infallibile in credendo*. Todos sabemos que hay también dogmas que fueron definidos bajo esta función de la inteligencia de la fe, y son los dogmas marianos de la Inmaculada y de la Asunción de María al Cielo. La motivación fundamental es la *singularis Antistitum et fidelium conspiratio* (cfr DV 10), el acuerdo en la Fe de todos los fieles, de todos los obispos. Así se puede hablar de la *universitas fidelium* de todo el Pueblo de Dios que participa de la función profética de Cristo.

El proceso sinodal aplica esta función del Pueblo de Dios en la consulta que se hace en las iglesias particulares, porque no existe el Pueblo de Dios como un sujeto universal, una masa que no tiene confines. Es un sujeto articulado en iglesias, cada iglesia es una *portio populi Dei* con su obispo, así no hay posibilidad de que se ponga una contradicción entre la dimensión sinodal y la dimensión jerárquica de la Iglesia. No hay dimensión sinodal sin dimensión jerárquica, porque no hay Iglesia sin el punto de unidad de la Iglesia que es el obispo, y siempre con el obispo está el presbiterio, siempre con el presbiterio el obispo ofrece su servicio fundamental en una relación necesaria entre sacerdocio común y sacerdocio ministerial. El sacerdocio común y el sacerdocio ministerial están juntos, relacionados el uno al otro, porque ambos participan -cada uno según su manera- en el sacerdocio de Cristo. Y así en el proceso sinodal, todos participan. El Pueblo de Dios participa en la

consulta. Y cuando hablamos de Pueblo de Dios, hablamos, no de los laicos solamente, sino de todos. Y así la primera manifestación de la Iglesia, la primera acción de la Iglesia es la escucha, es la capacidad de escucharse el uno al otro, escuchando al Espíritu. Y después de allí con las contribuciones del Pueblo de Dios en las iglesias, los obispos pueden hacer el discernimiento en las Conferencias Episcopales y se desarrolla el proceso, así como explicaba antes. Es claro que dentro de estas etapas se recibe la contribución de todo el Pueblo de Dios, del episcopado, de los obispos siempre, con su presbiterio, y después del obispo de Roma, según su función de unidad de todos los bautizados. Repito: de todos los obispos y también de todas las iglesias.

Esta es la primera parte que explica la sinodalidad y sobre esta parte general vamos a entender la participación de todos, cada uno según su función en el proceso sinodal.

SEGUNDA PARTE

¿Cómo participa cada uno en el proceso sinodal? ¿Y cómo participa sobre todo el cura, el sacerdote? Es claro que aquí está todo el interés sobre la etapa de formación, formación eclesial de los seminaristas, ¿Cómo se madura en la sinodalidad? Y, ¿cuál es el perfil de un cura, de un sacerdote sinodal? Ante todo, una primera afirmación: cuando hicimos la reunión de la Comisión teológica de la Secretaría del Sínodo un gran eclesiólogo, Gilles Routhier, afirmó algo verdaderamente interesante. Dijo que, en la sinodalidad, somos todos aprendices, estamos todos en estado de aprendizaje. Es claro que existe quién puede estudiar algo más, pero la sinodalidad es fruto de tanta, tanta, tanta experiencia y de tanta paciencia. Yo diría también de tanta humildad, porque es claro que un estilo sinodal y una forma sinodal de Iglesia pasa por la escucha del otro. Y la escucha del otro no es perder tiempo, sino reconocer cómo el Señor y el Espíritu del Señor puede hablar a través del hermano, de los demás. A este respecto, la regla de San Benito nos dice que también a través del más joven Dios puede hablar a la comunidad (cfr. San Benito, Reglas III,3). Por eso es muy importante reconocer al otro y reconocer que todos, tienen no solo derecho, sino deber de ser protagonistas de la vida de la Iglesia. Hablando, diciendo lo que están convencidos que el Espíritu sugiere. Es evidente que todos pueden estar convencidos de ser profetas, pero en verdad el don del Espíritu hace a todos profetas y por eso hay que acompañar esta función profética de todo el Pueblo de Dios y de todos los bautizados en el Pueblo de Dios. El don del Espíritu no lo hace a uno automáticamente profeta. Profético es el

Pueblo de Dios. Y es profético cuando camina, piensa y mira junto el horizonte, para que su camino se dirija verdaderamente hacia el Reino.

Pero es claro que todo esto pasa por una educación en la palabra, en la escucha y en el diálogo, que es fundamental para reconocer en la palabra del otro la posible Palabra del Espíritu, y hacer una praxis de la convergencia de las palabras, de la *conspiratio* - como se dice con el término latino- de todos, que lleva a un acuerdo, en un *consensus* que es fundamental, porque es allí que se manifiesta verdaderamente la voz del Espíritu. Es claro que este *consensus*, esta *conspiratio*, pasa por el estar, hablar y escuchar juntos, el ser capaces de ser el Cuerpo de Cristo, el Pueblo de Dios, el Templo del Espíritu. Todas imágenes de la Iglesia que dicen cómo la iglesia no es uno y uno (una suma de individuos), sino un cuerpo donde cada uno tiene su lugar y su dignidad.

En este sentido, si la primera etapa del proceso sinodal es la escucha de todos, la primera etapa de la formación de un seminarista es educar y formar para la escucha; formar al reconocimiento del otro; formar en la obediencia al Espíritu, obedeciendo a la regla del diálogo, donde todos tienen derecho a hablar y todos tienen deber de escuchar. Es claro que muchas veces el cura tiene una función fundamental de animar al diálogo y a la escucha. Por eso, tiene que ser un hombre de escucha y un hombre de diálogo. Y no es algo inmediato. Todos sabemos que los seminaristas y los jóvenes curas, a veces mandan más que escuchan, o desean mandar más que servir. Para ellos, el servicio es mandar, y tantas pueden ser las motivaciones.

Un joven que asume un rol tan fundamental, puede estar determinado también por las condiciones del rol, de la función. Sin embargo, tiene que desarrollar esta función, es una función de servicio y el servicio se manifiesta claramente en esta capacidad de escuchar y de alimentar la escucha; de diálogo y de alimentar el diálogo; de palabra compartida. Y claramente la autoridad no es algo de imposición sino de capacidad de suscitar el diálogo, la participación, el encuentro. Esta es la primera etapa: educar en la escucha, educar en el diálogo. Cuando se pasa por esta etapa estamos a mitad de la obra, -como se dice en el proverbio-. Si hay algo que no es fácil para un cura o para un seminarista es esta regla de la escucha. Porque tenemos en nuestro ADN la capacidad de la palabra, la libertad de la palabra, el poder de la palabra, sin ninguna obligación de la escucha. Así fue por muchos siglos, desde la reforma gregoriana hasta hoy. Es evidente que tenemos que hacer una verdadera conversión: una conversión a la escucha, al reconocimiento del otro.

La segunda etapa es reconocer que la Iglesia es verdaderamente sinodal. Esta es una etapa eclesiológica y aquí el riesgo es el de contraponer un modelo sinodal a un modelo de la Iglesia de comunión. Escuche una vez a un cardenal que decía: «¿Qué es la sinodalidad? es una praxis, la Iglesia es comunión». En verdad que la Iglesia Sinodal es la forma de Iglesia de la comunión, o de la Iglesia Pueblo de Dios en comunión, donde todos están en esta condición de igualdad, y donde hay diferentes funciones, carismas; diferentes vocaciones y estados de vida, pero no van a dividir el Cuerpo sino van a manifestar la riqueza de este mismo Cuerpo que es uno. Por eso hay que estudiar la sinodalidad, la Iglesia Sinodal, la forma de la Iglesia sinodal. Puedo decir que los seminaristas podrían profundizar el tema con el documento de la Comisión Teológica Internacional «*La sinodalidad en la vida y en la misión de la Iglesia*», que es un buen texto, una buena síntesis. Hay mucha reflexión allí. Se debe estudiar con atención la dimensión eclesiológica, porque hay una tentación: sinodalizar la Iglesia, transformarla en un protagonismo del Pueblo de Dios sin curas, proyectar un protagonismo desde abajo sin la jerarquía, de carácter sociológico, sin tener presente la realidad de la vida de la Iglesia, así como es, como Iglesia que camina en este tiempo. Por eso como decía antes, hay una etapa del proceso sinodal que se hace en las Iglesias particulares, porque no hay Iglesia sin iglesias. La afirmación fundamental es que el Papa, el obispo de Roma, es principio y fundamento de unidad de todos los obispos, de todos los bautizados, de todas las iglesias, y los obispos son en su propia iglesia principio de unidad, «*in quibus et ex quibus una et unica Ecclesia catholica existit*» (LG 23).

Cuando entendemos a la Iglesia en este sentido - como Iglesia de iglesias - se genera un lugar claro, evidente, para los curas, mejor, para el presbiterio que rodea al obispo. La representación de la Iglesia que hace *Sacrosanctum Concilium* es la asamblea en la Iglesia Catedral, «en la misma Eucaristía, en una misma oración, junto al único altar donde preside el Obispo, rodeado de su presbiterio y ministros» (SC 41) Así siempre está el presbiterio con el obispo, y el obispo con el presbiterio. Hay una responsabilidad del obispo de ser principio de unidad de su iglesia. No hay ningún cura que sea principio de unidad de la Iglesia, puede ser que se entienda que lo son juntos como presbiterio, porque es el presbiterio de esta iglesia, pero es claro que el principio de unidad de esta iglesia es este obispo. Es una función personal y por eso tiene la responsabilidad de abrir, de actuar, de acompañar, de poner no sólo en marcha sino hasta la conclusión de la consulta del Pueblo de Dios. Si no lo hace es una responsabilidad muy fuerte. Yo

creo que los obispos que no lo hicieron, actuaron *sub gravi*, con una responsabilidad en contra del Pueblo de Dios, privándolo de un derecho, y no actuando un deber que es propio del obispo. Puede en conciencia no actuarlo, no abrir el proceso sinodal, pero si todas las iglesias lo abren, ¿por qué no? Es un camino de la Iglesia Universal, ¿cómo puede un obispo decir «a mí no me interesa»? Esta es la primera dimensión de responsabilidad del obispo. Con el obispo camina el presbiterio, y participar en esta responsabilidad es algo importante en la actuación del ministerio de los presbíteros. Porque una Iglesia que camina como Iglesia de iglesias tiene un Colegio *cum et sub Petro*. Y una Iglesia particular que camina sinodalmente, en forma sinodal, tiene el principio de unidad, un Pueblo de Dios que camina con su obispo, rodeado de su presbiterio que tiene una dimensión de comunión, la primera función de un presbiterio. Y hablo de presbiterio, no de presbíteros.

La naturaleza del sacerdocio es, sobre todo, la de ser colegial, de ser un *coetus*, de ser un *corpus* y por eso la dimensión sinodal, y una formación sinodal es una formación en el presbiterio. No somos ordenados al presbiterado, sino -dice la tradición- *ad presbyterium* o *ad ordinem prebyterii*. Somos parte del Cuerpo de Cristo, puesto que, como Iglesia, no somos una suma de individuos. Así, el presbiterio, no es suma de curas individuales, sino un Cuerpo. Y así el testimonio de unidad, de comunión, de fidelidad, o el ministerio como un servicio junto con el obispo y entre ellos, antes que una responsabilidad, es una gracia. Porque la unidad, el don de ser parte, precede a la capacidad, precede también a la tarea de cada presbítero individualmente. Y así, pedir la gracia y actuar según la gracia que nos hace parte, y después manifestar y actuar el ministerio según este principio de la comunión. Porque si la sinodalidad es la forma de la comunión de la Iglesia Pueblo de Dios, es claro que el servicio ministerial debe ir en este sentido.

Decir que esta es la formación que debe recibir un seminarista, creo que implica algo particularmente significativo, porque pone el servicio antes del poder, la capacidad de estar con los demás y no sólo frente a los demás como el que manda, es algo significativo. Como decía San Agustín: «*Vobis enim sum episcopus, vobiscum sum Christianus*» (Sermo 340,1). Así el cura tiene que decir y el seminarista tiene que aprender a ser cristiano con todos los otros y ponerse el servicio según las necesidades.

Es evidente que en una Iglesia que no es clerical, (hay tanta literatura sobre esto, no voy a subrayar tanto esto, pero es evidente) se deben reconocer también otras vocaciones, otros carismas, otros ministerios, otros estados de vida, otras realidades que el Espíritu suscita para que la Iglesia sea una

Iglesia bella, rica de todos los dones, y de todo lo que el Espíritu suscita. De este modo, la formación del seminarista será una formación para saber maravillarse en el reconocimiento de la riqueza de los dones de Dios; para la alabanza, para la acogida. Para ser feliz con el Pueblo de Dios. A mí me parece que muchas veces asumen un cargo que es más poder que alegría, más autorreferencialidad que capacidad de compartir, de caminar juntos.

Creo que formar en la sinodalidad es formar en la Iglesia. Si la Iglesia es constitutivamente sinodal,

formar a los seminaristas en la sinodalidad es formar un sentido eclesial, una capacidad de caminar en la Iglesia, con la Iglesia y de ser Iglesia con todo su ser y toda su vida.

En este sentido, también creo que la función de los formadores y rectores es algo extraordinario. Voy a desearles felicidad para este año. Pero quisiera que el camino sea un camino de verdad y de libertad, un camino de Iglesia, donde caminar juntos sea verdaderamente el don que el Espíritu nos hace a todos nosotros. Hasta luego y buen año.





Dra. Marcela Mazzini

Escucha sagrada y conversación espiritual

Vamos a tratar de profundizar en el contenido de la conversación espiritual como método de discernimiento.

Nos detendremos en dos momentos: la escucha sagrada y la conversación espiritual en sí misma, para ver en un tercero, la importancia de ambos aspectos en nuestras comunidades formativas.

1. La Escucha Sagrada

En este tema sigo a Margaret Guenther en su libro *"Holy Listening"*¹. La autora está hablando en realidad del acompañamiento espiritual, al que concibe como "Escucha Sagrada".

Alguien puede sentirse desconcertado: ¿estás hablando de acompañamiento espiritual² tal como solemos concebirlo o de conversación espiritual? En realidad, de las dos cosas. Y vale la pregunta para hacer la aclaración.

La entrevista convencional de AE es una conversación espiritual, pero no toda conversación espiritual es AE personal porque se puede tratar, por ejemplo, de una conversación espiritual en una comunidad para discernir un tema. Hecha la aclaración, retomaremos el tema más adelante.

Volviendo al tema de la Escucha sagrada, recordamos a Salomón que pedía al Señor un corazón que escuche, como condición que lo habilitara a conducir adecuadamente al pueblo (Cf. 1R 3,9). Escuchar es capital si queremos acompañar. Haciendo una buena escucha, muchas veces las personas encuentran el camino por sí mismas, sin que nosotros tengamos que intervenir con nuestra palabra. Aún guiando con la palabra, es importantísimo que lo que se dice, esté precedido por la escucha.

Como les comentaba, en este libro sigo a Margaret Guenther. Esta autora tiene profundas intuiciones acerca del acompañamiento espiritual al

que le ha dedicado muchos años de su vida. Margaret era una pastora de la iglesia episcopal en Estados Unidos, madre de familia, abuela y siempre muy interesada en el tema del acompañamiento de las personas. A la luz de su experiencia escribe su libro sobre acompañamiento.

En el primer capítulo habla del acompañamiento como vocación, por eso dice, el acompañante es un "amateur", es decir, una persona que ama lo que hace y que lo hace básicamente por amor. En el caso del acompañamiento se trata del amor al Señor y del amor al prójimo. De hecho, algunos/as nos sentimos llamados a escuchar a las personas y a ofrecerles el servicio de acompañarlas a encontrar la voluntad de Dios para su vida.

En ese primer capítulo del libro, ella habla de la importancia de "darle la bienvenida al extranjero" porque siempre la persona que recurre al acompañamiento espiritual es un poco para nosotros un extranjero, un desconocido. Se trata de una persona a la que tenemos que saber descubrir, conocer. Para desarrollar ese conocimiento, una actitud fundamental es el silencio; silencio externo pero también interno. Como acompañante espiritual no puedo estar continuamente pensando lo que le voy a responder a la persona, ni tratando de adivinar lo que me va a decir, o pensando la solución a su problema, sino que lo que fundamentalmente tengo que hacer es aprender a escuchar.

A continuación, desarrolla otro tema muy ligado a este: el de la presencia, mostrando la importancia de aprender a estar presentes, activamente concentrados y atentos en el "aquí y ahora" de la persona que va develando su ser y que nos ha elegido para una tarea muy delicada que es la tarea del acompañamiento espiritual.

Avanzando en su argumento, Guenther dice que el espacio de acompañamiento es un espacio propicio para las preguntas, pero no para las preguntas que nosotros hacemos sino para las preguntas que la persona acompañada quiera hacer.

Las preguntas del acompañante tienen que estar

¹ M.GUENTHER, *Holy Listening, The Art of Spiritual Direction*, Cowley Publications, Boston 1992.

² A partir de aquí, AE.

orientadas a la corroboración de estar haciendo una buena escucha. En este punto podemos citar al padre Jalics en su libro “Aprendiendo a compartir la fe”³, él habla de la conversación de reflejo donde no cabe la indagación, sino la pregunta que ayuda a que la persona pueda expresarse mejor.

Existe la posibilidad de ofrecerle a la persona que comparta su historia, para ello puede resultar útil que, a quien inicie un acompañamiento, su nuevo acompañante le pida que relate en dos o tres carillas, los hitos más importantes de su vida. Eso va a ayudar a conocer mejor a la persona. Además, esta recapitulación suele ser un ejercicio interesante de metacognición para el acompañado, que le ayuda a ver dónde está. Evidentemente ofrece mucha información al acompañante, además de ayudarlo a ver cuanta instrospección ha desarrollado su nuevo acompañamiento.

Más adelante toca el tema del perdón en el sentido de un espacio más allá del sacramento de la reconciliación. Abrir el corazón y manifestar aquello que nos pesa, de lo que estamos arrepentidos, o incluso manifestar las tentaciones, disuelve ese sentimiento de horror y vergüenza que a veces el mal espíritu nos “sopla”, para que nos entristezcamos o atemorizemos.

En el segundo capítulo, Guenther retoma la pedagogía del acompañamiento. Dice que el acompañamiento es una forma de enseñar el camino que conduce a Dios y que el o la acompañante tiene que tener las características de un buen maestro. Ella misma era maestra y de ahí ofrece su experiencia sobre lo que significa enseñar. De una manera muy cálida y accesible empieza a desgranar las características de un buen maestro, señalo solo algunas:

- Un buen maestro conoce los límites de sus alumnos: como acompañantes, una vez que empezamos a conocer a la persona, intentaremos no ir más allá de lo que sabemos que puede dar o puede habilitar como confianza. Vamos aprendiendo a avanzar gradualmente y a no pedirle más de lo que lo que esté en su posibilidad planteando siempre preguntas o propuestas con mucha humildad para que la persona las tome, sí así lo percibe adecuado.
- Un buen maestro es siempre una persona de esperanza, el/la acompañante mira a su acompa-

ñado con esperanza, desde todo lo que puede crecer, no desde sus límites solamente, sino desde sus posibilidades y capacidades.

- Un/a buen acompañante, así como un buen maestro es capaz de evaluar el proceso y el progreso, por eso, muchas veces es el rol del acompañante decirle a la persona todo lo que ha crecido, hacerle notar lo que ha madurado, lo que ha progresado. Este refuerzo positivo siempre estimula el crecimiento.
- Un buen maestro también se reconoce vulnerable, sabe que tiene muchos límites y que es un pecador/una pecadora. El hecho de que, por su rol, su experiencia o su formación, esté un paso más adelante en el camino en el que está acompañando a la persona, no significa que está por encima, sino al servicio de su acompañado.
- Un buen maestro siempre está educando para la madurez, no para la dependencia. Está educando para el crecimiento de la persona y para su autonomía. Lo mismo le cabe al acompañante espiritual.
- Así también, un buen acompañante espiritual es un buen maestro de oración: de hecho, uno de los signos de estar transitando un camino de acompañamiento fructífero, es el deseo de orar que nos queda cuando salimos de la entrevista de acompañamiento.

En el tercer capítulo, ella habla del acompañante como “partero del alma”. Nosotros conocemos esto desde la época de Sócrates. Sabemos que la madre de Sócrates era partera y por eso la mayéutica (su método de preguntar al interlocutor, y ayudarlo a descubrir por sí mismo la verdad) es como un trabajo de parto.

Margaret Guenther dice que el acompañamiento es como una obstetricia espiritual y el partero/a es el acompañante que está atento al proceso, no lo impone, no lo apura, tampoco lo dilata sino que lo acompaña con una actitud de presencia, paciencia y espera.

Ella plantea algunos otros temas, que no vamos a desarrollar aquí, pero que son interesantes para seguir pensando: por ejemplo la relación entre acompañamiento espiritual y psicoterapia o la cuestión de los temas a tratar en un encuentro de acompañamiento espiritual, ya que muchas personas piensan que al encuentro de acompañamiento

³Paulinas, Buenos Aires 1983.

espiritual tienen que llevar temas así llamados “espirituales” y, en realidad, la materia de acompañamiento es la vida misma, toda la vida de una persona es materia de acompañamiento espiritual.

Otro tema que es muy interesante y que ella plantea es la cuestión del sentido del humor y de la capacidad de juego que tiene un acompañamiento espiritual. Se refiere al hecho de que a veces le damos una importancia exagerada a algunos de los temas o de los conflictos que tenemos y el acompañante tiene que ayudar al acompañado a no exagerar, a no tomarse tan dramáticamente las cosas, a ser más humilde, sencillo en el abordaje de los problemas, ya que no todos los asuntos tienen la misma gravedad e importancia.

2. La Conversación Espiritual

Como se suele decir, palabra y tiempo nos constituyen. Dios entabla con nosotros una conversación desde la creación del mundo.

Aquí hablamos no de una conversación cualquiera sino de una conversación para encontrar la voluntad de Dios, a eso lo llamamos conversación espiritual. Dijimos que toda entrevista de acompañamiento espiritual es conversación espiritual pero no toda conversación espiritual es necesariamente acompañamiento a una persona. Se puede dar conversación espiritual, por ejemplo, cuando hay una comunidad que quiere encontrar la voluntad de Dios o que quiere profundizar en algún tema o que quiere ver por dónde seguir caminando. En esas ocasiones se puede practicar la metodología de la conversación espiritual.

La conversación espiritual reconoce su fundamento en las famosas colaciones o conversaciones de Juan Casiano.⁴ Él fue un monje que nació en Rumania alrededor del 360 y muere en Marsella alrededor hacia el 435. Escribe primero un libro llamado “Instituciones” el cual habla del modo de vivir de los monjes, pero luego de su estadía en el desierto de Egipto vuelve y plantea algunos temas de enseñanza espiritual con la metodología de las conversaciones o colaciones. Es decir, plantea temas espirituales importantes como una conversación que entabla un monje joven con grandes figuras del desierto. En esas conversaciones, el monje joven pregunta sobre algún tema y el anciano responde dando una doctrina espiritual.

Podemos decir que las Colaciones, son una obra de madurez en la que Casiano vuelca su autobiografía espiritual, todo lo que él ha aprendido en su vida de monje.

Los PP. del desierto que Casiano consulta y que aparecen protagonizando sus Colaciones, son grandes conversadores espirituales. ¿Qué queremos decir con esto? queremos expresar que a ellos se recurría para encontrar la voluntad de Dios. Entonces, la conversación espiritual, según ellos, sirve, en primer lugar, para conocer la dinámica de los pensamientos ¿dónde comienzan? ¿cómo se desarrollan? ¿cómo terminan? ¿qué afectos movilizan? ¿A qué obras dan lugar?

Sabiendo que, lo propio del mal espíritu es producir miedo y tristeza y lo propio del buen espíritu es producir consolación y paz, conversar con estas personas servía para desarrollar una metacognición respecto de las mociones o movimientos interiores o espirituales. Nos referimos a esas ideas, emociones, sentimientos que se movilizan en el interior de las personas.

Sabemos por sus frutos, según el criterio evangélico (Mt 7,15), de dónde vienen estas mociones, si del buen espíritu o del mal espíritu. La conversación sirve para que el maestro ayudara a los monjes que se iniciaban en la vida eremítica, a saber cuáles eran los afectos, las mociones que llevaban dentro, les enseña a analizarlas para promover las buenas y eliminar las malas, esa es una primera función de la conversación espiritual.

Una segunda función de la conversación espiritual es la instrucción. En los primeros siglos los monjes recurrían a estos grandes maestros del desierto para ser enseñados sobre el camino cristiano, en particular sobre la cuestión de la oración y del amor mutuo, que, en realidad se vivían como un solo tema o como las dos caras de la moneda.

Queremos aprender a llevar adelante la conversación espiritual. La conversación espiritual cuando no es entrevista de acompañamiento espiritual, es una conversación en la que el Espíritu Santo nos va conduciendo en comunidad pero siempre hay alguien que guía la conversación para que esta conversación llegue a buen puerto, para que no nos desviemos de tema o no nos perdamos con cuestiones accesorias.

⁴Es una obra clásica. La Ed. Rialp tiene una edición en tres volúmenes relativamente reciente (2017). Igualmente el texto está en línea en varios sitios web de acceso abierto.

¿Cuáles serán las características de estas personas que llevan adelante la conversación espiritual? Los Padres del desierto hablan de la “cardiognosía” o la capacidad de conocer los corazones, esta es una capacidad propia de los padres espirituales que se recibe como un don del Espíritu Santo. Se recibe con agradecimiento y se cultiva con fidelidad.

¿Cómo se cultiva? profundizando en el conocimiento de uno mismo: la práctica no comienza con los demás sino con cada uno, registrando los pensamientos, las mociones interiores, viendo sus distintos tipos y características.

Alguien que quiera entablar o guiar una conversación espiritual, debe tener un gran conocimiento de sí mismo para saber lo que sucede en su interior y elegir cómo quiere contestar. Debe saber lo que se está moviendo en el propio interior antes de hablar con el otro, especialmente si lo que la otra persona está diciendo lo enoja, lo irrita, no está de acuerdo, etc.

La persona que guía la conversación espiritual tiene que tener el suficiente conocimiento de sí misma, la suficiente ascesis como para no reaccionar frente a esas cosas que escucha, sino elegir qué quiere contestar y cómo desea hacerlo.

El autoconocimiento se revela como una clave fundamental para conocer también al interlocutor, quien se conoce a sí mismo está en condiciones de conocer, comprender y empatizar con aquel a quien escucha.

Otra característica de la persona que guía la conversación espiritual es la benignidad. Evagrio (maestro de Casiano) habla de las muchas virtudes de Moisés como conductor del pueblo, pero sobre todo alaba su benignidad como don que lo caracteriza y lo vuelve especialmente capaz de guiar a otros.

La benignidad manifiesta al exterior que la ascesis y la oración han transformado verdaderamente a la persona. La benignidad pacífica la mente y el corazón para poder ver dentro del propio corazón y de lo que está sucediendo en el exterior. Podríamos decir que la persona benigna, la persona buena (en el mejor sentido de la palabra), se vuelve especialmente lúcida pero no tiene cualquier lucidez, sino una lucidez benigna.

Evagrio dice que en particular el padre espiritual benigno da aliento: no juzga sino que consuela y endereza. La benignidad que describe es un amor

manso, similar al que tenían Moisés, David, el Señor Jesucristo.

La mansedumbre es aquella forma del amor que impulsa aquel que la posee hasta la negación de sí mismo para dar al otro aquel espacio vital que necesita para ser plenamente.

El amor manso y benigno da confianza a fin de que el interlocutor pueda ir situándose cada vez más en su propia verdad. Se trata de un amor paciente y que se adapta a la capacidad de comprensión del hermano, incluso es capaz de mostrarse vulnerable y débil, es un amor humilde.

Para que puedan entablarse buenas conversaciones espirituales es importante que la persona se sienta aceptada incondicionalmente, que no sienta que hay prejuicios o preconcepciones sobre él o sobre ella.

Es importante corregir y encausar pero siempre dando ánimo para crecer en el camino espiritual.

Estos “conversadores”, los maestros espirituales, eran sobre todo personas de fe que creían que el Espíritu Santo nos va acompañando en nuestro camino de encuentro con la voluntad de Dios.⁵

La conversación espiritual tuvo gran divulgación gracias a Ignacio de Loyola. Ignacio discierne junto a sus primeros compañeros en tiempos de fundación, los caminos de la Compañía de Jesús, con esta metodología, que luego se vuelve una práctica habitual entre los jesuitas.

3. Una metodología simple para el diálogo espiritual en nuestras comunidades

En este tiempo, el sínodo sobre sinodalidad nos propone la conversación espiritual como metodología de escucha.

Es una práctica muy simple: Básicamente se trata de tres rondas de conversaciones. Para llevarlas adelante se elige un tema y nos disponemos a conversarlo en un diálogo fraterno.

Luego de un momento de oración personal y de anotar las mociones, es decir, aquellos pensamientos que sentimos como venidos del Espíritu Santo, en una primera ronda ponemos en común lo escrito, sin comentarios ni preguntas, y se deja reposar lo escuchado. Para esta primera ronda de conversación podemos establecer una medida de tiempo para cada interlocutor, y si bien hay distintos modos de llevarla adelante, podemos definir que en una

⁵Sobre estas figuras de los Padres del desierto, se puede consultar A. GRÜN, *La Sabiduría de los Padres del Desierto. El Cielo comienza en tí*, Sigueme, Salamanca 2017.

primera ronda no se responde a lo que cada hermano va diciendo sino que se deja que cada uno exprese en un tiempo determinado, por ejemplo 3, 4, 5 minutos lo que ha pensado, lo que ha orado.

Luego se deja reposar lo escuchado en un período de oración, que puede ser en el mismo día que tuvo lugar la primera ronda o en otro día.

En una segunda ronda de conversación, se establece un diálogo aclaratorio, profundizando ciertas cuestiones. Muchos proponen que en esta segunda ronda de diálogo se pueda responder o se pueda pedir una aclaración sobre lo que dijo un hermano o hermana, siempre cuidando de escuchar y de respetar lo que el otro nos está queriendo decir.

Luego de esta segunda ronda de conversación se establece otro tiempo de silencio y oración en ese mismo día o en otro día, y se llega a la tercera ronda de conversación, donde se perciben, se experimentan, se identifican los consensos y los disensos para encontrar esas pautas que nos permiten ver por qué camino debemos transitar.⁶



¿Por qué insistimos tanto en la escucha y por qué deberíamos implementar la conversación espiritual en nuestras casas de formación?

No me voy a detener en la importancia de la escucha en el proceso de formación, porque eso ya lo conocemos. Me detengo en la crucialidad de la escucha en el proceso sinodal: sin escucha no hay sínodo. Así de simple. Todos los materiales que nos

da la Secretaría del Sínodo marcan la escucha como una constante.

En particular, respecto de las casas de formación, me quedo con algo que dice Nurya Martínez Gayol en un interesante texto que les recomiendo.⁷

Ella, citando al Papa,⁸ nos recuerda que la escucha corresponde al estilo humilde de Dios. Es central esta actitud de humildad si pretendemos vivir una espiritualidad de la escucha.

Sin humildad, no hay escucha. Sin escucha no hay camino sinodal. Por ello será importante, como dice la teóloga española, escuchar dejándonos impactar por la realidad, volviéndonos vulnerables y hacerlo desde abajo, desde cerca y desde dentro:

1) “desde abajo”, con la humildad de quien reconoce en el otro, alguien de quien puede aprender, digno de ser escuchado a fondo... Alguien que te puede cambiar. Con la humildad del Dios que desciende para escuchar... el Dios que “inclina el oído”.

2) Desde “cerca”. La escucha pide proximidad, arriesgar en las distancias, dejarme tocar por la realidad del otro. La escucha es esa capacidad del corazón que hace posible la proximidad.

3) Por esta razón la escucha ha de ser también “desde dentro”. La verdadera sede de la escucha es el corazón. “No tengáis el corazón en los oídos, sino los oídos en el corazón”, decía san Agustín. Escuchar dejándonos “afectar y conmocionar” para que no nos lleguen solo las ideas, sino la experiencia, la vivencia, el sentir de aquel a quien estoy escuchando. Sin este “desde dentro” nuestra escucha nunca podrá ser misericordiosa.

Evidentemente, los formadores tienen responsabilidad sobre los formandos y hay una relación de autoridad-obediencia. Aquí hablamos de la cercanía y la proximidad, de la que nos habla a menudo el Papa.⁹ Esa cercanía que le da tanta autoridad moral en los auditorios más variados.

Pidámosle al Espíritu Santo que nos ilumine para desarrollar esta escucha y llevar adelante en las comunidades de formación una fecunda conversación espiritual.

⁶ Cf. Para profundizar en este tema podemos consultar el libro de J. GARCÍA DE CASTRO VALDÉS, *La voz de tu saludo. Acompañar, conversar, discernir*, Loyola, Santander 2021.

⁷ Texto completo en:

https://www.uisg.org/files/allegatodocumento/2022/NURYA_MARTINEZ_GAYOL_Espiritualidad_de_la_sinodalidad_SPA.pdf

⁸ El papa Francisco en el Mensaje para la 56° Jornada Mundial de las Comunicaciones Sociales: *Escuchar con los oídos del corazón*.

⁹ Solo por poner un ejemplo, podemos ver el texto de EG 171.

Encuentro de Directores Espirituales

Del 14 al 16 de junio de 2023

Reseña

En la ciudad de Córdoba se llevó a cabo el Encuentro que congrega a los Directores y Acompañantes espirituales de nuestros Seminarios. Este año el tema de reflexión fue el «Acompañamiento de la Etapa Discipular».

En una primera instancia intercambiamos experiencias, compartimos luego el trabajo desde los Itinerarios Formativos de Lavaniegos y, finalmente, con la compañía

del padre Gustavo Antico, reflexionamos sobre la cultura joven, los cambios culturales y eclesiales y cómo acompañar.

El encuentro se desarrolló en la Casa de Ejercicios de las Pías Discípulas del Divino Maestro y, como siempre, se desarrolló en un clima de fraternidad y camaradería.



La **finalidad** específica de la dimensión espiritual es **consolidar, profundizar y completar** el fundamento de la formación, en la experiencia de la comunión con Dios y con los hermanos.

Los **objetivos** pedagógicos de la formación espiritual pueden sintetizarse fundamentalmente en dos: el crecimiento en la **santidad** como disposición para la **caridad pastoral**.

La *vida espiritual* de todo cristiano, máxime de un seminarista o ministro sagrado, es una *vida impulsada por el Espíritu Santo*, es decir, un continuo y gradual dejarse plasmar por los dones del Espíritu, que perfec-

cionan y fecundan las *virtudes teologales y cardinales*.

La *vida espiritual* tiene un *dinamismo unificador y vivificador* de la propia identidad y misión y, por tanto, de toda la personalidad, llevando al sujeto a un estado de *conversión personal y discernimiento interior*.

La *formación espiritual* no puede ser planteada de modo uniforme; exige «*itinerarios diversificados, respetuosos de los procesos personales y de los ritmos comunitarios, continuos y graduales*».

(Ratio Nationalis 192-193,198-200)

Balance económico 2022

Ingresos	Montos	Egresos	Montos
Saldo inicial	U\$A 1300		
Enc. Nacional Seminaristas efectivo	\$ 600.000	Enc. Nacional Seminaristas efectivo	480.400
Enc. Nacional Seminaristas transfer.	\$ 1.170.500	Enc. Nacional Seminaristas transfer.	\$ 1.146.600
		Enc. Nacional Seminaristas otros	\$ 143.500
Cambio dólares a pesos (700 a \$290)	\$ 203.000		
		Pasaje Prof. Marcela Mazzini	\$ 31.457,83
		Pasaje P.Mauricio Larrosa	\$ 46.930,78
		Pasaje P. Marcelo Lorca	\$ 78.100
		Web Hosting- Anual	\$ 27.234,68
Saldo efectivo en pesos	\$ 19.276,71		
Saldo efectivo dólares	U\$A 600		

Decálogo para los formadores

- 1- Vivir el Seminario como llamado de conversión**, a crecer y madurar como persona y como sacerdote, a ser más eucarístico, más pascual. Es estar en formación permanente.
- 2- Quitarse de encima los prejuicios** positivos y negativos sobre la formación (esto suele requerir mucho tiempo). De la cultura eclesial (“*uh, pobre, te mandaron al Seminario*”, “*tienen que desaparecer, es una estructura caduca*”, “*un cura es para una parroquia*”, o “*eligen a lo selecto del clero, soy de lo mejor*”, “*todos envidian*”), como los recuerdos de la propia experiencia de Seminario, lo que “hicieron” con uno, lo bueno o lo malo, con las personas de referencia, etc. Aquello era otro contexto y otras personas. Uno puede buscar inspiración, pero no repetir esquemas.
- 3- Buscar amar, es oficio de amor.** Ser formador es ser cura tan plenamente como en otras tareas. Se trata de querer aprender a amar bien, a ser padres, hacerse cargo de otros. Hay desafíos y gratificaciones, y es además un singular privilegio de esperanza: ser testigos de la obra de Dios en la vida de jóvenes de hoy. La tarea formativa no se trata de hacer cumplir reglas o llegar a ciertas “expectativas de logro” sin más. La brújula es el amor cristiano, la caridad. Amar es ayudar a crecer. Para lo cual es bueno recordar que los planteamientos rígidos generan ocultamiento y sumisión, como la ausencia de referencias claras, dispersión y desorientación.
- 4- Querer aprender.** No creer que uno “se las sabe”. Saber muy bien qué hay que hacer o cambiar en la formación inicial suele indicar más bien una torpeza pastoral, afectiva o intelectual. Si un padre de familia o un educador, en el contexto actual, dijera que sabe muy bien cómo educar a sus hijos, con la receta justa frente a los cambios culturales impresionantes que vivimos, es muy probable que se trate de uno que busca seguridades o que se cree “iluminado”, inclinaciones que pueden hacer mucho daño. Es bueno no tener todo claro, ponerse siempre en búsqueda, dejarse guiar por la Iglesia Madre y por la realidad concreta. La brújula es el amor cristiano que también nos hace creativos y audaces.
- 5- Respetar y estimar a cada persona.** Los seminaristas no son ni más ni menos que tus hermanos, en una etapa y en un proceso en el que la iglesia confía a los formadores la tarea de acompañar y guiar. No hay dignidad mayor que ser bautizado, en esta comunidad de iguales hay ministerios de diverso tipo, unos estructurales, esenciales, jerárquicos, pero al servicio de los que son hermanos (LG 32). No son niños. Es frecuente que un cura se queje diciendo de otro o de un obispo “;me trata como a un seminarista!”, ¿Qué significa eso? ¿Como adulto, con respeto, teniendo en cuenta mis puntos de vista? También es frecuente que al “llegar” a ser Diácono transeúnte parezca un insulto decir que se trata todavía de un seminarista, es decir, que está en formación inicial. La tendencia a infantilizar y el clericalismo subyacen en esta visión de las cosas. Como en el Catecumendo, el Seminario como institución es mucho más y algo todavía distinto que un lugar físico, se trata de un camino (cf. PdV 42).
- 6- Saber escuchar.** Estar en formación permanente es aprender, “*Dios habla cada día, si hay un corazón que escucha*” (Cencini). Esto implica: aprender de los formadores (antiguos y nuevos), de la gente que trabaja en el Seminario y de las comunidades, de los mismos seminaristas, etc. Las cosas existían antes que uno llegara. Forma la iglesia, forma la comunidad en la que somos corresponsables.
- 7- Enseñar, pero saber también decir “no sé”.** El ser formador no supone estar capacitado para todo. En cuanto a la enseñanza siempre es mejor incentivar a que el otro encuentre por sí mismo la senda, hacer sentir hambre y gusto por aprender, no dar la comida ya digerida. Frente a cualquier temática difícil o confusa suelen ser puntos luminosos ir a lo esencial, a las verdades básicas, así como a la mirada global y de conjunto. En todo aspecto de la formación es imprescindible valorar el disenso positivamente, no asustarse, y distinguir según el famoso aforismo: “en lo esencial unidad, en lo opinable libertad, en todo caridad”. Cuando hay que corregir, es bueno comenzar, si es posible, rescatando lo bueno. Por otro lado, a veces pareciera que se remarca demasiado lo negativo en la formación, y hay que partir de lo bueno, además algunos vicios se combaten mejor haciendo crecer una virtud existente. “*Padres, no exasperen a sus hijos...*” (Col 3, 21)
- 8- Dar testimonio,** se educa con el ejemplo. Incrementar la vida de oración y ponerse “en orden” en cada dimensión: no podemos pedir a otros que tengan dirección espiritual si nosotros la hemos abandonado, por ejemplo, o pedir que se estudie si nosotros perdimos el hábito de lectura. También, como ocurre siempre con el Evangelio, debemos dar el testimonio de nuestra pobreza y la misericordia de Dios. No debo esperar a vivir íntegramente el Evangelio para predicarlo, sino predicarlo con humildad. El hipócrita predica, pero no piensa mover ni siquiera un dedo, no lo intenta, ya no cree que sea posible vivirlo o, peor, piensa que es para otros, inferiores, en otra etapa que él ya superó.
- 9- Buscar una formación específica.** La iglesia confía en la honestidad y responsabilidad de sus hijos sacerdotes, también de los formadores. Se espera que cualquier cura frente a un encargo dedique un buen tiempo de reflexión y estudio sobre esa área pastoral, lo mismo que buscar guía en otros más experimentados. Es triste que existan formadores que nunca hayan estudiado la Pastores, la Ratio Internacional y la Nacional. Es un signo de responsabilidad básica leer los textos fundamentales del oficio que se te confía y regresar cada tanto a ellos, así como aprovechar las instancias de formación para formadores.
- 10- Somos servidores de la comunión y la reconciliación.** En el Seminario saber estar con todos, no cerrarse a unos pocos; no crear divisiones. Buscar vivir la fraternidad sacerdotal con el equipo de formadores y no escatimar esfuerzos por cultivar el mundo de vínculos con el obispo, los presbíteros, la vida religiosa, las familias y las comunidades. Nuestra visión política partidaria, o nuestras tendencias ideológicas -incluso teológicas-, no deben convertirse en muro que impida ser reconocidos como sacerdote para todos.



ORACIÓN POR LAS VOCACIONES

Señor, hay hambre y sed de tu Palabra.
Pero, "¿cómo escucharán, si no hay quien les predique?"

"La cosecha es mucha y los obreros pocos"

Dueño de la mies, te rogamos que envíes
más trabajadores, nuevas vocaciones,
capaces de llevar la alegría del Evangelio,
anunciando y construyendo tu Reino en nuestro tiempo.

Te pedimos por los que buscan su vocación.

Dales, Señor, un corazón que sepa escuchar tu voz
en tu Palabra, en las situaciones de la vida, en los que sufren.

Ayúdalos a no conformarse con seguir la corriente,
sino a soñar a lo grande: a vivir como Jesús, a jugarse enteros.

Te pedimos por los que ya viven su opción vocacional.
Fortalece a tus obreros, dales fidelidad, que no les falte la pasión.

Y concédenos a todos la disponibilidad de María,
para decirte siempre "sí".

Amén.